



## **SOBRE MUJERES II**

*Relatos ganadores y finalistas  
IV, V y VI Premio de Relato  
Fundación Fomento Hispania*



# **SOBRE MUJERES II**

*Relatos ganadores y finalistas  
IV, V y VI Premio de Relato  
Fundación Fomento Hispania*



# ÍNDICE

Presentación .....	9
--------------------	---

## **VI Premio de Relato Fundación Fomento Hispania - Edición 2022 ..... 13**

Introducción de los miembros del jurado:

Clara Sánchez, Najat El Hachmi y Lorenzo Silva .....	15
--	----

Palabras (Pedro Luis López Pérez) <i>Primer premio</i> .....	17
A las 20:21 (Bárbara Sánchez Ramos) <i>Segundo premio</i> .....	19
Córvida (Celia Dos Santos Hernández) <i>Tercer premio</i> .....	21
Eme (Elena Prieto Rodríguez) .....	23
654 371 98.. (Marian Ramos Prada) .....	26
Qué le ciega a usted (Eva Barro García) .....	28
El mapa (Maribel Ruiz Mínguez) .....	30
Caso de urgencia (Alejandra Striuk Torres) .....	32
La muerte te sienta tan bien (Mar Rojo Delgado) .....	34
Impulso (Pilar Arijó Andrade) .....	36

## **V Premio de Relato Fundación Fomento Hispania - Edición 2021 ..... 39**

Introducción de los miembros del jurado:

Ángeles Caso, Espido Freide y Care Santos .....	41
---	----

Frutos Vecinos (Sofía Lourdes) <i>Primer premio</i> .....	45
Culebras (Nacho Delgado Wicke) <i>Segundo premio</i> .....	47
Los calcetines (María Pérez-Tomé Román) <i>Tercer premio</i> .....	49
Ultimátum: cena (María Sergia Martín González) .....	51
La Charcutera (Mariana Paola San José Mañanes) .....	53
Diario de una oruga (Malvina Cruz Rentería) .....	55
Fractura (Yesenia Serpa Navarro) .....	57
El Arca (María Soledad García Garrido) .....	59

Cazando monstruos (Ana Guerrero Arjonilla) .....	61
Y sintió (Victoria Eugenia Muñoz Jiménez) .....	63
Nudos (Leyre Arrue Usoz) .....	65
Sombrero de plata (Jana Montesinos Sanz) .....	67
<b>IV Premio de Relato Fundación Fomento Hispania - Edición 2020 .....</b>	<b>71</b>
Introducción de los miembros del jurado:	
Inés Fernández-Ordóñez, Carmen Posadas y Javier Moro .....	73
Ballenas de pecera (Agustín García Aguado) <i>Primer premio</i> .....	77
Por la España profunda (Ramón Sánchez García) <i>Segundo premio</i> .....	79
La mujer que mató a Liberty Valance (José Luis Castro Lombilla) <i>Tercer premio</i> ...	81
La diosa africana (Laura Cabedo Cabo) .....	83
Casi siempre (Nuria Pradilla Barrero) .....	85
Amén (Ángeles del Blanco Tejerina) .....	87
La jaula abierta (Joaquín Correa Barco) .....	89
Subir y bajar (Gloria Fernández Sánchez) .....	91
La espera (María Soledad García Garrido) .....	93
El viento (Javier Vázquez Losada) .....	95
El discurso de la victoria (Pedro Gascón Sanmartín) .....	97
Parto sin dolor (Rosa María Fabuel De Mora) .....	99





## PRESENTACIÓN

Con la alegría de continuar caminando pasados seis años desde la primera convocatoria del *Premio de Relato Fundación Fomento Hispania*, presentamos este libro que recoge los relatos finalistas y ganadores de las tres últimas ediciones. La idea de convocarlo surgió en 2017, en el marco de uno de los proyectos de la Fundación, Fondo Bibliográfico, que, de acuerdo a sus fines y a su compromiso con la defensa y conservación del Patrimonio, su deseo de impulsar y difundir el estudio y la investigación de Ciencias, Artes y Humanidades y, sobre todo, el fomento de la Cultura y el Aprendizaje, constituye un fondo compuesto por cerca de seiscientos libros, mapas, grabados y otras publicaciones de diversas épocas, idiomas y temática.

De esta forma, como señalábamos en el primer volumen de este libro, nos inspiramos en figuras de la literatura española como el caso de *Las Sinsombrero*, mujeres que pertenecieron a la Generación del 27 al igual que sus compañeros hombres, pero que la Historia no las recuerda. Escritoras, artistas, mujeres olvidadas por su condición, y que, silenciadas, no llegan a tener el reconocimiento que se merecen. Es por ello que dentro del proyecto Fondo Bibliográfico se decide ir adquiriendo, entre otros, libros escritos por mujeres para de esta forma rescatar su historia.

Parece obvio que ha existido una cultura de tratamiento desigual de las mujeres dentro del mundo de la cultura, y es por eso que, desde ese mundo, el de la cultura, de alguna manera, queremos generar un cambio, hacer una sociedad más consciente y caminar hacia la igualdad a todos los niveles.

Con el objetivo de poner de relieve todo esto, de recordar a estas mujeres en particular y homenajear a todas las mujeres en general se convocó el *Premio de Relato Fundación Fomento Hispania*, de tema libre, con la condición de que traten, de forma explícita o implícita, sobre las mujeres. Los relatos son originales e inéditos con un máximo de hasta cinco mil caracteres.

No queremos dejar de nombrar aquí uno de los frutos que ha generado este Premio y del que la Fundación está más orgullosa. La Fundación Fomento Hispania tiene otro proyecto *Mujeres Reclusas*, en el que se vienen realizando actividades en favor de la población reclusa femenina, y es en ese contexto donde surgió la idea de extender el concurso de relatos a las mujeres presas, naciendo el *Premio de Relato Mujeres que Cuentan*. Se han convocado ya tres ediciones, en colaboración con CONCAES e Instituciones Penitenciarias. Han tenido una gran participación y aceptación, recibiendo todos los años entre cien y ciento cincuenta relatos. Siendo uno de los ejes del proyecto la formación de las mujeres, se han venido realizando anualmente grabaciones que se han expuesto en todas las prisiones, y en las que se explicaba las pautas básicas de los relatos además de animar a las presas a escribir. Han colaborado haciendo esos vídeos formativos Soledad Puértolas, Espido Freire, Javier Moro, Ángeles Caso e Inma Luna. Para más información de este proyecto se puede visitar nuestra página web donde también se puede tener acceso a los relatos premiados.

Volviendo a *Sobre Mujeres II*, este nuevo volumen continúa la idea del primero, utilizar los textos seleccionados por el jurado para devolver a la sociedad, en forma de colección de relatos, un libro que permitiera al gran público disfrutar de las historias contadas por los participantes del concurso. El libro consta de un total de treinta y cuatro relatos.

Queremos volver a agradecer su colaboración y participación a todas las personas que nos han enviado sus textos, pues consideramos que el resultado positivo del proyecto y toda su riqueza están, aparte de la publicación de este libro, en la propia especulación, en lo que piensan los escritores cuando escriben, todos esos participantes enfrentados a su proceso creativo y todo lo que ello conlleva. Hace seis años empezamos recibiendo quinientos relatos, en la última edición fueron casi mil, esto supone muchas personas pensando en el tema de las mujeres. En muchos casos toda esa especulación se fraguó en la presentación de un relato, pero en otros muchos casos no, así, lo sembrado va mucho más allá, bocetos, conversaciones...

De igual modo queremos brindar un sincero y cariñoso agradecimiento a los miembros de los distintos jurados, que son quienes generan la credibilidad y prestigio que poco a poco ha ido ganando el *Premio de Relato Fundación Fomento Hispania*.

En la sexta convocatoria fueron Clara Sánchez, Najat El Hachmi y Lorenzo Silva. En la quinta, Ángeles Caso, Espido Freide y Care Santos. Siendo en la cuarta Carmen Posadas, Inés Fernández-Ordóñez y Javier Moro. Todos ellos han querido escribir para este libro una pequeña introducción a los relatos premiados de cada año, aportaciones que constituyen un auténtico lujo y convierten este volumen en algo muy especial.

El último agradecimiento es para el equipo de personas que ha realizado la selección de los textos que se han presentado como finalistas al jurado, profesionales de la literatura, con cualificación y experiencia que realizan una difícilísima labor con un grandísimo rigor.



***Relatos ganadores y finalistas 2022***  
***VI Premio de Relato***  
***Fundación Fomento Hispania***

**Jurado**

Clara Sánchez  
Najat El Hachmi  
Lorenzo Silva

**Primer Premio**

*Palabras* (Pedro Luis López Pérez)

**Segundo Premio**

*A las 20:21* (Bárbara Sánchez Ramos)

**Tercer Premio**

*Córvida* (Celia Dos Santos Hernández)

**Finalistas**

*Eme* (Elena Prieto Rodríguez)  
*654 371 98...* (Marian Ramos Prada)  
*Qué le ciega a usted* (Eva Barro García)  
*El mapa* (Maribel Ruiz Mínguez)  
*Caso de urgencia* (Alejandra Striuk Torres)  
*La muerte te sienta tan bien* (Mar Rojo Delgado)  
*Impulso* (Pilar Arijó Andrade)



## *Introducción de los miembros del jurado*

*La escritura es como un sacacorchos. Se hable de lo que se hable, logra sacar del fondo del autor alguna verdad.*

*Esta verdad puede estar envuelta en disimulo, floritura, falsa humildad, epicidad, alarde justiciero o banalidad, pero no llega a ocultarse del todo, siempre queda un resquicio por donde gotea. Y es precisamente esa verdad que a veces el escritor desearía tapar con toneladas de frases y poderosas imágenes literarias lo que aflora con esfuerzo y le da valor a la obra, lo que al final le queda al lector. Y los relatos que he tenido la suerte de leer en este certamen están unidos por una punzada de dolor, de infancia abusada, de maltrato silencioso, de inocencia perdida y de pequeñas y escondidas verdades.*

Clara Sánchez

*En la brevedad de un relato corto está la esencia condensada de la literatura. Al leer los relatos del premio he tenido la sensación de sumergirme en un mundo, una visión, una experiencia única en cada uno de ellos. Todos me han despertado una enorme curiosidad, ganas de leer más y han conseguido algo sumamente difícil en estos tiempos: acallar el ruido exterior, recuperar la paz que nos dan las buenas historias, el trabajo artesanal de la palabra. También me ha resultado gratamente sorprendente la variedad tan enorme de los textos presentados y la singularidad de sus voces.*

Najat El Hachmi

*Estos son relatos amargos, duros y en algún caso terribles. Se acercan a esas capas profundas de la condición humana donde a veces habitan más monstruos que ángeles. Pero tampoco faltan estos, ni la luz persistente que junto a la sombra forma parte de la pasta de la que están hechas las personas. En la escritura de sus autores hay voluntad de estilo, audacia y ambición. Es un privilegio contribuir, así sea en una mínima medida, a que su talento trascienda y se conozca.*

Lorenzo Silva



## **PRIMER PREMIO**

### **Palabras**

De Pedro Luis López Pérez

Siempre pensé que cuando faltara mamá los días serían grises, borrachos de lluvia, pero era el julio de Castilla, y el sol de tan fuerte casi no dejaba ver. Al abrir la puerta de la casa me comió la oscuridad unos segundos, hasta que se me acostumbró la vista. Olía como siempre, esa mezcla de jabón Lux, cocido de los domingos y lana muy lavada.

–Hija, me tienes que conseguir unos cuadraditos de esos que se pegan –me dijo la última vez que vino a verme a casa.

–¿Unos post it? ¡Pero si te he dado tres paquetes hace un par de semanas y otros tantos hace poco! –dije, sonriendo– ¿en qué andas, mamá?

–Nada, una cosa de la escuela de mayores –dijo, restando importancia con un vaivén de la mano.

–Vale, mañana te los acerco a casa.

–No, no, me avisas y nos vemos aquí, en tu casa, así le doy una vuelta a la plancha.

–Mamá, que ya sabes que tengo una chica que viene a planchar una vez a la semana.

–Ya, pero esa seguro que no te plancha las blusas en condiciones. Hay que tener mucho cuidado con esas telas, que a la que te despistas un segundo se queman y vas hecha una adana.

Y así, entre excusas y medias verdades, hacía más de un año que no entraba en su casa. Hasta que ayer me llamaron del hospital. Se había comido un yogur caducado, se sintió mal y llamó a una ambulancia. Mi madre siempre había sido así, por no molestar no avisó ni a su propia hija. Le hemos tenido que hacer un lavado de estómago, me dijo la médica. Ella insiste en que era un yogur, pero era una de crema de cara. Me enseñó un bote de Oil of Ulay metido en una bolsa de plástico. Creo que debería estar un poco más atenta a su madre. Bajo la mirada de la médica me sentí como cuando te pillaban en falta en el colegio.

Encendí la luz del pasillo. Ahí estaba el mueble telefonero con las marcas de mil golpes de triciclo, el cuadro de los perros jugando al poker y el pecesito de conchas que ponía “Recuerdo de la Toja”. Sobre el teléfono, un post it grande, amarillo, “Llamar a

Henar”, y mi número de teléfono apuntado. Sobre el recuerdo de Galicia, otro post it “De cuando me casé con Germán”. La luz de julio acuchillaba las paredes con trazos gruesos que se escurrían entre las contraventanas mal cerradas.

En el salón todo tenía también un post it pegado. “5 para Jorge Javier, 1 para tiempos revueltos”; “siesta”, decía el post it pegado en el sofá. En la pared, todas las fotos con su papel pegado “Mi marido. Se llamaba Germán. Murió”; “Hijo, Pedro, dos hijos”; “Hugo y Martín, hijos de Pedro”; “Yo de joven”. En la cocina, el cajón de los cubiertos “para sopa”; “para cortar carne”; “para ensalada”. El gel y el champú con sus post it “cabeza”, “cuerpo” en el baño. Todos los medicamentos con su papelito azul pegado “mañana, tarde, noche”. “sentarse, no dormir que luego te duele el cuello” en el respaldo de la silla. Todas las habitaciones eran un delirio de papeles pegados, escritos con caligrafía de niña aplicada de foto en blanco y negro con mapa de España detrás.

Sobre la mesa del salón, un montón de post it pequeños, de color azul eléctrico, con mi nombre escrito. Henar. Henar. Henar. Henar. Henar. Miré a mi alrededor y vi que ninguna de las fotos en las que aparecía yo tenía cartelito. Mi nombre era la última palabra que mi madre iba a olvidar.

La médico del hospital me llamó. El cielo se ennegreció de repente y cayó una tormenta de verano.

## **SEGUNDO PREMIO**

### **A las 20:21**

De Bárbara Sánchez Ramos

Es en esta hora, a las 20:21, cuando Marta y Pablo intercambiaron palabras por primera vez. Las de él fueron solo cuatro: ¿es este tu abrigo? Las de ella, cuatro y una más: no, es de una amiga. Pues acabo de tirar toda mi copa encima, dile de mi parte que lo siento. Le digo de tu parte que eres un imbécil y que le vas a comprar uno nuevo.

Fue también a las 20:21 del día siguiente a aquella fiesta cuando Pablo le envió un mensaje a Marta, quién sabe cómo consiguió su número. ¿De dónde era el abrigo de tu amiga? De Adolfo Domínguez. Mentira, seguro que era del Zara. Que no, que era de Adolfo Domínguez. Pues es que no tengo presupuesto para tanto.

A esta hora, a las 20:21 de la sexta vez que quedaron, Marta miró la sudadera gris que llevaba Pablo, pensó en lo bien que le quedaba y se dio cuenta de que se había enamorado. Al llegar a casa se puso a Kacey Musgraves, la tuvo puesta día y noche, y en la décima ocasión que Marta y Pablo se vieron, Marta preguntó. Qué hacemos, Pablo. Qué hacemos de qué. Qué hacemos porque resulta que me he enamorado de ti y creo que tú también de mí. Pablo no lo negó, Pablo solo sonrió. Pues qué vamos a hacer, seguimos adelante mientras esto nos parezca divertido.

Era a esta hora, a las 20:21 de los viernes y de los sábados, aunque a veces también de los martes, miércoles e incluso de los jueves si es que Pablo conseguía salir pronto del trabajo, cuando Marta y Pablo solían estar viendo una película en la Filmoteca. O paseando por Las Vistillas. Tomando algo en el Parnaso, en el Pavón y hasta en el Marbella. Decidiendo dónde cenar o qué cocinar. A veces follando en el sofá, en el de ella y en el de él, porque fuera llovía, o porque hacía frío, o simplemente porque las ganas les habían estropeado el plan.

Desde luego que fue a las 20:21 cuando Pablo llamó a Marta, desde una sala de reuniones vacía en la planta número cuarenta de la Torre PwC, para decirle que le hacían fijo y que le ponían al cargo de una cuenta. No iba a tener despacho propio, pero sí extra de Navidad y un diez por ciento más de sueldo para gastarse en cervezas para los dos y en entradas para el cine.

Era a las 20:21 solo de los viernes y de los sábados, porque los planes de los martes, miércoles y por supuesto los de los jueves habían quedado cancelados, cuando Pablo se salía de la película en la Filmoteca, o se levantaba de la mesa del Parnaso y de la barra del Marbella, para atender una llamada, responder un mensaje, enviar un email. Esto ocurría cinco de cada cinco veces que Pablo y Marta se veían. En las cuatro primeras, Marta no decía nada. En la quinta, Marta reventaba con la misma fuerza que un chupinazo en una plaza abarrotada.

Por supuesto que el reloj marcaba las 20:21 aquella tarde cuando el teléfono de Pablo volvió a sonar. Lo hizo mientras Marta y él follaban, ese día tocaba en el sofá de ella. Por primera vez Pablo se interrumpió, Pablo se levantó y respondió. Esto no puede continuar así. Qué quieres que haga, si no contesto van a seguir llamando. Quizás deberías ordenar tus prioridades. Quizás tú deberías ser un poco más comprensiva.

Fue a las 20:21 de un sábado de primavera cuando Pablo apareció por la puerta del Parnaso. Esta vez sus palabras fueron seis: esto ha dejado de parecerme divertido. Marta le miró. Le miró y pensó. Pensó en las carcajadas que se habían echado los dos, quizás las de ella un poco más fuertes, tres noches atrás, tumbados en el sofá de él, nadie les había interrumpido entonces. Le miró y preguntó. Preguntó si es que acaso Pablo se había desenamorado. Pablo no lo negó y tampoco sonrió.

A las 20:21 de una semana después, Marta por fin se decidió a borrar el chat de Pablo. Se había cansado de verle en línea, de verle en línea y mudo, de verle mudo solo para ella. Lo que vino a continuación es confuso, pues Marta lloró bastante. Lloró por las cosas importantes, porque el amor al final siempre se va a la mierda, porque a ver dónde iba a encontrar a alguien como Pablo. También lloró por las cosas estúpidas, porque no le gustaba ir sola al Parnaso, porque ya no se podía poner a Kacey Musgraves. A partir de entonces en su casa solo sonó la radio, con las noticias por las mañanas y con el fútbol por las tardes.

Ahora, a esta hora, a las 20:21, termino de escribir este relato. Es el final y es de noche, como en un cuento de Zambra, y yo me dispongo a corregir el nombre de Marta, pues en un par de líneas he tecleado Bárbara en su lugar. El de Pablo no, el de Pablo está veintitrés veces mal escrito, en ningún punto de la página se me ha escapado un Gonzalo. Quizás eso quiere decir que él siempre estuvo en el lugar correcto y a la hora adecuada, en el primer mensaje que me envió y en la última frase que me dijo. Me gustaría terminar de otra manera, preferiría no tener que darle la razón, pero lo cierto es que esto termina así y que él tenía razón y que aquello había dejado de ser divertido, así que para qué seguir. Ahora lo veo, Gonzalo. Ahora son las 20:22 y el Atleti acaba de marcar gol.

## **TERCER PREMIO**

### **Córvida**

De Celia Dos Santos Hernández

La pequeña Susana juega sola en el parque. Nadie la molesta mientras se balancea en su columpio, comiendo tranquilamente sus galletas. Le gusta la soledad, disfruta de ella, le ofrece más compañía que la de los niños de su edad; porque a Susana lo que no le gusta es que la llamen «friki», ni «bicho raro», aunque sepa que lo es.

Un pájaro desciende frente a ella. Es un cuervo de plumaje reluciente, que la mira durante un largo lapso de tiempo, moviendo la cabeza con apariencia espasmódica. Susana también lo mira a él. La enternecen las fulgurantes canicas que tiene por ojos. El cuervo grazna débilmente, demandante. Rápida en advertirlo, Susana echa un vistazo al paquete de galletas: «¿Quieres?», le dice. Así que le lanza una, preguntándose si le gustará, porque nunca había oído que los pájaros comieran galletas. El cuervo da pequeños saltitos para acercarse a la comida que han lanzado. Apunta sus canicas hacia la galleta para examinarla y, seguidamente, la introduce en su pico antes de alzar el vuelo para desaparecer de vista.

Susana vuelve a casa. A mamá no le ha hecho gracia que se pasara tanto tiempo fuera. Mamá no está contenta.

Al día siguiente, Susana sale al jardín a jugar. No está sola. El mismo cuervo del parque ha venido a verla, pero esta vez ha llevado a su familia con él. Las bestias emplumadas emiten graznidos amistosos desde todos los lugares del patio: por las ramas de los árboles, sobre la hierba, desde el cielo... Susana agradece la visita, así que, como buena anfitriona, entra en casa para coger algo de pan y luego reparte las migajas entre ellos.

Susana quiere que vuelvan a verla. Por eso, se las ha ingeniado para crear un comedero y un bebedero solo para ellos. Cada mañana, les deja todo lo que necesitan.

En cierta ocasión, Susana descubre que hay algo en el comedero que ella no había colocado allá. No es más que un pequeño trozo de vidrio, aunque a ella le parece muy bonito, de modo que se lo termina quedando.

A partir de entonces, no hay día que los cuervos no pasen a visitarla. Y por cada visita, le dejan un pequeño presente. Son cosas de escaso valor: clavos, pendientes sueltos que algunas mujeres han extraviado, adornos, botones... Pero Susana los guarda en su cajita como si de tesoros se tratasen, y nadie más que ella tiene derecho a tenerlos.

A mamá no le gusta que «esas ratas con alas» se paseen a sus anchas por su jardín. «¡Malditos pajarracos!», les chilla mientras prueba a espantarlos con una escoba. Mamá no está contenta.

Mamá está en el salón. Ha tenido una fuerte discusión con su novio porque le ha encontrado en su teléfono conversaciones indecorosas con «una de sus guarras». Él ya se ha ido, y ella ha echado mano a una de sus botellas. Cuando, con la copa en la mano, ve pasar a su hija, busca cualquier excusa para descargar su rabia. Mamá comienza dándole un bofetón; después, continúa propinándole continuos golpes en el suelo. Mamá no está contenta.

Susana sale al patio con las mejillas empapadas en lágrimas. Le duele el brazo, tiene un ojo hinchado y le sangra el labio. El sonido de la llantina se entremezcla con el de los graznidos. Levanta la cabeza para comprobar que hoy tampoco está sola. El mismo cuervo de siempre, en compañía de los suyos, se acerca hasta ella. Si no supiera la verdad, diría que vislumbra en sus canicas un sentimiento tan humano como es la compasión. No es la primera vez que la ven llorar y, como todas las veces, la acompañan hasta que logra calmarse.

Al día siguiente, mamá se va al trabajo, como siempre.

Susana se aburre mucho, porque hoy sus amiguitos no han venido a visitarla. ¿Qué tendría que hacer? Leer puede ser un buen plan, ¿O tal vez jugar a la pelota? Sí, también podría ser.

Es tarde. Mamá ya tendría que haber vuelto.

Las diez. Las once. Las doce... Mamá sigue sin volver. ¿Dónde está mamá?

Desde el exterior, se oyen los graznidos. Susana sale corriendo al patio con la ilusión de ver a los cuervos. Allá están ellos, desde todas las esquinas, desde todos los rincones. Con una sonrisa, se acerca a saludarlos. Entonces, repara en que su buen amigo está posado en el comedero, en una postura solemne. «¿Qué me has traído esta vez?», le pregunta animadamente. Susana camina hasta él y asoma la cabeza. Allá, observa un objeto extraño entre la comida. Aproxima su rostro aún más y entrecierra los párpados para agudizar la vista: el aspecto viscoso, la forma esférica, el color blanquecino... No había duda: un ojo.

## Eme

De Elena Prieto Rodríguez

Todas las mañanas del verano acude a bañarse a la poza. Sube por el camino de tierra con las alpargatas en chancleta, arrastra los pies por el suelo polvoriento y las piedras redondas se le clavan en las plantas de los pies a través de la suela de esparto. El polvo la hace estornudar, las hierbas de la linde le hacen cosquillas en las piernas huesudas.

Le gusta llegar la primera, cuando el agua es un cristal verde oscuro que separa lo de dentro y lo de fuera. Se sumerge con cuidado, intentando no salpicar al introducir su cuerpo en el espacio helado y líquido donde la realidad cambia. Dentro, todo es turbio y engañoso, el tiempo transcurre distinto, los sonidos se acallan. Fuera, todo es claridad y sol de agosto, pájaros ruidosos, olor a crema.

Su madre le dice que se junte con las demás niñas, que de tanto estar sola se está volviendo muy rara. La mira, y su padre asiente, sentado en la mesa de la cocina mientras con sus manos grandes unta una tostada con un ajo seco. Los ojos se le entornan y la siguen cuando se pone el bañador y sale dando un portazo.

No le importa ser rara.

Todas las mañanas, después de bañarse, se tumba en las piedras planas y ásperas y se seca con el calor del sol. Escucha el silencio de fuera, el de dentro de su cabeza es un silencio distinto. Con los ojos achinados mira las formas que le recuerdan cosas. La cascadita es como el pelo de una sirena, largo y ondulado; la roca achatada parece la barriga de papá cuando se tumba a su lado en la cama; con las agujas de pino su madre podría coser.

Pero lo que más le gusta del verano es encontrarse con Eme. Desde que lo conoció, ha rellenado con letra redonda muchas líneas de un diario que esconde bajo el colchón de lana.

Eme es guapo. Se ha dejado bigote y trae bañador nuevo.

Ayer Eme no quiso bañarse. Jugamos a las cartas juntos y se rio mucho.

Me gusta la piel de Eme, con tantos pelitos. Tiene las piernas en paréntesis y bajo el bañador mojado se le nota todo.

A Eme le gusta mi pulsera de cristalitos.

Quiero vivir con Eme. Es más guapo que papá y sus manos son distintas. Mamá

dice que no vaya tanto sola. Pero es que yo no estoy sola.

Hoy Eme viene temprano. Lleva un sombrero de paja, una silla plegable y una bolsa de tela. Se sienta y la saluda con la mano. Esconde los ojos detrás de las gafas de sol y le dedica una sonrisa. Ella se acerca y se sienta a su lado.

—Ya me he bañado tres veces — le dice.

—Qué bien, ¿está fría el agua?

Eme saca de la bolsa el diario y se pone a leer. Ella se tumba bocarriba sobre la toalla extendida y sube las piernas hasta enmarcar el sol con ellas. Cierra los ojos, se concentra en el naranja explosivo que llena sus párpados. Eme sigue leyendo y ella baja las piernas. Quiere que la mire, pero está distraído. Con un palito se dibuja en los muslos un corazón hueco.

—¿Te bañas conmigo?

Eme levanta la vista del periódico.

—Hoy no tengo ganas.

—Si te bañas conmigo, te regalo mi pulsera de cristalitos.

—Muchas gracias— dice, y sonrío bajo el bigote espeso—. Pero te queda mejor a ti.

Charlan un rato sobre la tormenta del día anterior. Ella piensa que con Eme nunca tendría miedo, él le dice que en el valle no hay peligro. El miedo tiene forma de rayos que hacen retumbar el suelo.

Ella se fija en sus manos.

—¿Has perdido el anillo?

Eme se mira la mano, su bigote se curva hacia abajo. Se sube las gafas de sol, tiene los ojos más grises que de costumbre y la pupila es apenas un punto en el medio.

—Me lo he quitado yo —contesta. —¿No te gustaba?

—Sí, pero a veces los mayores decidimos estas cosas. Dejamos atrás cosas que nos gustan porque nos hacen daño.

—Mi pulsera nunca te haría daño.

Eme se ríe. Ella se siente molesta.

—Te lo digo en serio.

—Cuando te enamores, entenderás de qué hablo.

Ella se levanta y se tira al agua, rompiendo el cristal en añicos. Dentro todo es borroso y turbio, las plantas acuáticas se enredan en los pies, el suelo enfangado del fondo forma un remolino.

Sube a la claridad, coge aire y lo salpica. El sol le hace daño en los ojos.

—Báñate conmigo. Porfí, porfí, porfí.

Eme levanta la vista del periódico. Parece fastidiado por tener que interrumpir la lectura pero se levanta de la silla y se zambulle junto a ella.

Ella se sube en su espalda, enreda sus dedos en el pelo de Eme. Él se ríe y le pide que lo suelte, que deje de jugar. Ella anuda sus piernas en el torso de él, pega todo su cuerpo a su espalda, quiere fundirse en su piel, mientras él bracea, algo torpe. Ya no se ríe ni habla cuando ella pone todo su peso en sus hombros, cuando lo hunde hacia abajo y busca meterle los dedos dentro de la boca para que se llene de agua y cristales.

Fuera, los bañistas disfrutan de un día espléndido, del ambiente de diversión. Ven la imagen de un verano dulce y tranquilo. Ven a un padre y a una niña haciéndose aguadillas, ven un periódico abandonado cuyas hojas revolotean con un golpe de viento.

Dentro, el silencio se hace inmenso, todo es borroso y turbio. No se ve nada.

## 654 371 98...

De Marian Ramos Prada

La saliva espesa le satura las comisuras de los labios y tiene la lengua pegada al paladar. Cuando, tras varios esfuerzos con los músculos de la papada y los carrillos, consigue liberarla, un aliento ácido y rugoso, procedente de la lija que le ha crecido en la garganta, le invade la boca. Aspira fuerte por la nariz para tratar de aliviarlo, pero el aire llega a los pulmones como si hubiese respirado a través de un cenicero. Las sienes le palpitan, avisándole del dolor que sentirá cuando por fin se atreva a abrir los ojos a la luz que intuye a través de los párpados. No sabe dónde está y tampoco está segura de si quiere saberlo. Todavía con los ojos cerrados, abandona la postura fetal en que se encuentra y nota cómo el colchón se mueve por la reacción de otro cuerpo a su cambio de postura. Ya no le cabe duda de que no es su casa y se incorpora de un salto. Mala idea. Lucha por retener la náusea mientras observa la espalda musculosa del Bello Durmiente. Si le interesase la anatomía podría estudiar en ella.

Recupera el móvil sepultado entre la ropa esparcida por el suelo. 12:20. Las cinco llamadas y los veinte mensajes de su madre le recuerdan que llegará tarde (y sin peinar) a la comunión de su hermano. Cuatro llamadas de Borja Amor. Tres audios de Lucía que no necesita escuchar para saber que quiere detalles sobre el final de la noche. Le contestará rellenando con imaginación los huecos que le niegue la memoria, como siempre.

Recupera sus prendas de ropa. Las medias están inservibles, tendrá que viajar en el metro soportando la rozadura de los zapatos y las miradas de reojo sobre sus piernas. Sale del cuarto en busca del baño. En el pasillo, dos puertas cerradas y dos abiertas: el baño y la cocina. En la cocina, cajas vacías de pizza y un cenicero fabricado con una lata de cerveza. La pila, llena de cacharros, la disuade de buscar un vaso limpio y bebe directamente a morro del grifo. En el baño, tres cepillos de dientes, dos maquinillas de afeitar azules en la repisa del lavabo y otra rosa en el borde la bañera. Se frota los ojos de mapache con agua y jabón. El rímel solo es waterproof cuando quieres quitártelo. Se mira al espejo de nuevo, ahora en vez de un mapache parece un mimo triste bajo la lluvia.

Vuelve al cuarto a por el abrigo y, cuando ya piensa que podrá salir sin ser descubierta, Blanconieves se gira en la cama y la mira. Tiene los ojos azules. Sonríe. No tiene los labios pegados por la saliva. Cómo odia a esa gente que se despierta sin resaca y como recién salida de la ducha.

– Ey... No pensarías irte sin decir nada.

– No, no. Claro que no. Buscaba papel y boli para apuntarte mi número. Tengo un compromiso familiar.

Abre el cajón de la mesilla y le alarga los utensilios. ¿Quién sigue usando libretas y boli en estos años? Tras un breve titubeo pasa directamente al número, incapaz de recordar qué nombre le dio la noche anterior:

654...

No sólo se puede estudiar anatomía en los músculos de su espalda... Cuando le cuente a Lucía...

37...

Observa la foto en la mesilla con perro y chica. ¿Una novia? ¿Su hermana?

19...

Si mi madre supiese... me mataría.

8...

Borja Amor ilumina la pantalla del móvil. Quinta llamada en menos de una hora. Mira una vez más a Príncipe Encantador.

...3.

## Qué le ciega a usted

De Eva Barro García

Contestó a todo, sin importarle ya ni el qué dirán ni las consecuencias, y relató su declaración en el juzgado ante las cámaras y los micrófonos ávidos de escenas escabrosas.

—Cuenta usted lo sucedido. Sea objetiva.

—Pues... Serían las nueve menos cuarto, más o menos. Opté por ir haciendo la cena, porque si cuando él llega no está preparada, la lía buena; claro que si lo que hay no le gusta, la lía también. Me pongo a pensar y trato de decidir lo mejor, pero me bloqueo imaginando las escenas que tantas veces se han repetido, y se me anuda el estómago pensando en el porqué de la bronca de hoy, porque seguro que habrá bronca. Intento hacerlo lo mejor posible.

—Sea breve, aténgase a los hechos.

—Bueno. Me puse a pelar patatas, las patatas siempre dan juego, si no las quiere, con esconderlas ya está. Y una ensalada, porque antes de aliñarla siempre se está a tiempo de quitarle el ingrediente que le moleste, o de añadirle lo que se le antoje. Cuando oí las llaves en la cerradura se me subió el corazón a la boca y se me cayó el tomate al suelo, con la desgracia de que al pasar lo vio y ya no hizo falta más para que empezara a insultarme. Que si soy tan torpe, que si no valgo ni para eso, que... Ya se me quitaron las intenciones de preguntarle lo que le apetecía, cuando me humilla sin razón me dan ganas sólo de llorar, pero aquella noche las lágrimas andaban efervescentes, no sé... El aceite empezaba a crepitar.

—Por favor, señora, relate los hechos.

—¡Si eso es lo que hago! Dejé en el cuarto la gabardina, las pisadas impacientes se acercaron a la cocina, con cada patada se me erizaban más las tripas y se me secaba más la lengua. Me increpó como si hubiera cometido un crimen. Abrió la nevera y sacó todos los tomates de cajón, que todos tenían tacha: unos estaban secos, otros pasados, alguno verde... El único que parecía haber servido acababa de tirarlo yo a la basura y limpiaba sus restos arrodillada en las baldosas. Había once tomates en la mesa, ninguno le gustaba. Al incorporarme le rocé sin querer; me empujó con violencia hacia el fregadero, no fuera que le manchara la camisa con la bayeta. Si total, me iba a tocar lavarla a mí... Me llamó gilipollas muchas veces, pero era mentira que se quemaran las patatas, le juro que era mentira, todavía les faltaba para estar en su punto, pero él nunca entra en razones,

siempre lleva la de ganar. Y si no, grita más para quedar por encima. Ya le dije, señoría, que aquella noche no estaba yo bien. Se me empezaron a subir como... como guindillas a la garganta. Cuanto más vociferaba él, más me ardía el aire por dentro a mí. Y cuando vio que el guiso era de pollo, con lo que él odia el pollo, dijo, cosa de la que me enteré en aquel mismo momento, porque hasta ese día lo devoraba ansioso, entonces acababa yo de escurrir las patatas, y a la quinta o sexta vez, que le llamó puta a mi madre, las guindillas aquellas fermentaron, se agriaron, no sé, estallaron como si fueran de pólvora. Creí que había apagado el fuego, pero el aceite chisporroteaba, restallaba... El brazo se giró solo, se lo prometo, le juro que no fue intencionado. Tal vez la culpa fue del taburete que pateó y que me golpeó con saña en la rodilla, no sé. Pero de lo que sí estoy segura, es de que con el aceite hirviendo, le lancé toda la ira que él había acumulado durante tanto tiempo sobre mí.

—¿Es consciente del delito que ha cometido? ¿De la gravedad del hecho? —Le juro que no quería... ¿Por qué me mira usted con odio, señor juez? —La violencia va en contra de los derechos humanos más básicos, señora. —Yo también soy humana.

—¡Le frió la cara a su marido! ¡Por Dios!

—Cierto. Después de once años de que él me friera el cuerpo a patadas, la cabeza a puñetazos y el alma a insultos. Soy humana, señor, por eso me cegó la ira. Tal vez si me hubiera matado él a mí, le parecería más lógico el desenlace.

—¿Pretende darme lecciones?

—A buenas horas. Las habría necesitado cuando, hace meses, después de la primera detención, dictó usted juicio de faltas y me lo metió otra vez en casa, con una multa de trescientos euros que me pagó en golpes. A mí me cegó la ira, sí señor, ya se lo he dicho. Lo que no sé es qué cosa le ciega a usted.

## El mapa

De Maribel Ruiz Mínguez

El mapa ha ido a aterrizar en medio de un pequeño charco. Su fondo azul cielo se ha empezado a oscurecer al entrar en contacto con el agua y la niña cree que ahora se asemeja mucho más en un océano de verdad.

Durante un instante, la cartulina se ha mantenido firme, en un esfuerzo imposible por no sucumbir a la humedad, pero después el agua ha empezado a abrirse camino rápidamente y en pocos segundos ya se había tragado Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia.

Toda una tarde de trabajo para nada, piensa la niña, y la rabia le inunda la garganta, mezclándose con el gusto dulce de la sangre.

Si no hubiera salido tan tarde de casa, quizás ahora el mapa seguiría bien limpio, enroscado en su mano, para evitar que se chafara dentro de la mochila.

Ya hacía una semana que iba sola a la escuela. Le había costado mucho conseguir convencer a sus padres de que ya era lo suficientemente mayor como para recorrer las tres calles que la separan de la entrada al recinto escolar sin la supervisión de nadie. Pero su actitud vehemente y tozuda, sumado a que era la única de sus amigas que todavía iba acompañada, la habían ayudado a derrocar las últimas trabas paternas.

Por eso ahora no puede pedir ayuda a nadie y el agua ya ha empezado a llegar a Colombia, sin que la niña pueda hacer nada para evitarlo.

Seguro que la maestra ni se habrá dado cuenta de que no ha llegado. Su profesora está siempre demasiado ocupada riñendo a diestro y siniestro, porque dice que alborotan mucho al entrar en clase, y a menudo se olvida de pasar lista. La maestra está vieja y se jubilará antes de que se acabe el curso. Esto es el que le ha dicho su compañera de pupitre, que conoce a todo el mundo en la escuela y siempre es la primera al hacer correr las noticias. Desde de que supo eso de la maestra, la niña ha fantaseado de vez en cuando con la idea de perderla de vista y está convencida que le caerá una buena cuando la vieja gruñona se entere de lo que ha pasado.

Por qué no duda que le echará la culpa de todo. De haberse entretenido demasiado esta mañana y de haber tenido que correr para ahorrarse la bronca de los que se retrasan y de no haber mirado para cruzar la calle al girar la esquina.

Si pudiera coger el mapa todavía estaría a tiempo de salvar Norteamérica de la

remojada. Pero el golpe la ha hecho volar un par de metros más allá del paso de peatones y sus piernas se niegan a ayudarla a levantarse.

El conductor tampoco lo debe de haber visto cuando ha bajado del coche. La niña ha oído sus zapatos golpeando sobre el asfalto, cada vez más fuerte, acercándose y después el silencio, al detenerse. Pero no ha podido verle la cara porque la vista se le había nublado. Solo el tacto de sus dedos ásperos retirándole unos cabellos de la frente y la proximidad de su aliento fuerte y agridulce. Después de nuevo sus pasos rápidos y el motor del coche acelerando y alejándose.

Desde donde ella está ahora no puede ver el mapa, pero se imagina que a estas alturas el agua habrá rebasado ya la frontera del Canadá, trepado por las montañas nevadas de Alaska y no tardará a engullir y deshacer, definitivamente, los glaciares polares árticos.

## Caso de urgencia

De Alejandra Striuk Torres

Otra vez allí. Estiré de la puerta sabiendo que al cerrarla empezaría el juego. Me abroché el cinturón respirando hondo y agarré el volante con fuerza para recordarme que yo era el que tenía el control. La urgencia estaba allí desde el principio. Sentía cada segundo jugando en mi contra, mordisqueándome la piel desnuda de la nuca. Tenía que entregar el paquete que llevaba en el maletero, desconocía lo que era, pero necesitaba llegar a tiempo. Sabía que la consecuencia de mi retraso sería catastrófica. Y no solo para mí, en el fondo todo esto lo hacía por ella.

Arranqué el motor y aplasté el acelerador. El coche dio un salto violento en dirección opuesta a la esperada, aceleraba marcha atrás. Liberé el pedal y volví a acelerar esperando que esa vez me obedeciera, pero seguía retrocediendo. Desesperado, miré a mi alrededor. Estaba en mitad de una carretera vacía, una de esas vías secundarias que se extienden en línea recta hasta perderse en el horizonte. No había gente, no había nada. Me convencí de que aquello estaba desierto, solo así podía avanzar sin el temor de herir a alguien. Ajusté el retrovisor y pisé el acelerador con todas mis fuerzas.

El mundo exterior corría a gran velocidad en la realidad del espejo, las líneas discontinuas de la carretera marcaban el ataque del tiempo y me servían de guía para no desviarme del camino. En el reflejo todo parecía distorsionado. Ella me estaba esperando y yo llegaba tarde.

Empecé a escuchar sonidos provenientes del maletero, unos golpecitos metalizados que me erizaban el vello con cada reclamo. «Seas lo que seas, aguanta», murmuraba apretando los dientes. Mantenía la mirada fija en el asfalto monótono tratando de concentrarme. Los golpes se violentaban y pronto advertí en el espejo que la tapa del maletero se estaba deformando. Me giré con un gesto brusco agarrándome al asiento del copiloto para mirar hacia atrás. La chapa estaba llena de abolladuras. La carrocería no lograba contener la fuerza de los impactos. «¡Aguanta! ¡Aguanta!», empecé a gritar. Seguía conduciendo a toda velocidad sujetando el volante con la mano izquierda. No podía detenerme. Estaba en una carretera sin fin transitando una brecha temporal en mitad del desierto. Temí quedarme atrapado.

La tapa del maletero se había amoldado a una forma semicircular de un tamaño obscuro. A punto de reventar, el metal había cedido bajo la presión de la criatura que

continuaba creciendo en el interior. Su volumen interfería en mi visión, me tapaba la carretera. Me incliné como pude buscando un ángulo despejado que me permitiera seguir conduciendo, pero fue inútil. Si continuaba a ciegas el miedo me paralizaría tarde o temprano. Levanté el pie del acelerador y dejé que las ruedas siguieran la inercia del coche hasta detenerse, aplazando el momento de enfrentarme al maletero. De todas formas no llegaría a tiempo. A medida que disminuía la velocidad, el movimiento de la criatura se apoderaba del automóvil. Lo balanceaba de un extremo al otro, hacía vibrar los cristales, latía dentro de él. Cada golpe se sentía como una onda que recorría el interior del coche, estremeciendo su esqueleto a un ritmo cardíaco.

Detuve mi mano sobre el tirador de la puerta antes de abrirla. Supe que había fracasado. Salí del coche y retrocedí unos pasos para observarlo a distancia. Aquello era un engendro. Un recipiente abultado, incomprensible. Lo rodeé acercándome a la parte trasera. El maletero había resistido cerrado por sus comisuras. La parte central, tensada al extremo, gemía, expulsaba un líquido viscoso por las ranuras laterales y desprendía un olor penetrante parecido al de la gasolina. Pensé que reventaría de un momento a otro. Pero no podía esperar más, necesitaba saber en qué consistía esa misión fallida. Apreté el botón para liberar la tapa del maletero y me aparté a un lado. La criatura se expandió desbordando los límites del coche. Vi una masa pálida y gelatinosa, un volumen informe de alguna sustancia cruda que me recordó a la textura de una ostra o a la de un feto inacabado. Sus movimientos eran lentos, accidentales. Estaba vivo pero no parecía un ser inteligente. No distinguí sus ojos. Pensé que no sobreviviría solo durante mucho tiempo. Estaba expuesto en el maletero de un coche en medio de la nada.

Desperté con una mueca de asco al seguir impregnado por el olor de aquella criatura. Respiré profundamente hasta que la memoria fue desdibujando la escena. Esperaba encontrar a mi mujer durmiendo a mi lado, pero estaba solo en la cama. Me di cuenta de que había una luz encendida al fondo del pasillo. Me incorporé, todavía aturrido por la intensidad del sueño, y caminé hacia el salón. Allí estaba ella, arrodillada en el suelo, sujetándose la barriga sobre un charco de líquido blanquecino. Al verme, trató de contener el dolor y consiguió dedicarme una sonrisa. Los dos sabíamos lo que debíamos hacer a continuación. «Estoy contigo, aguanta», le dije mientras subíamos al coche.

## La muerte te sienta tan bien

De Mar Rojo Delgado

Antes de que mi Paco muriera, yo pensaba que con la muerte se acababa todo, que ya no habría más Paco; ni aquí ni en el más allá. No lo decía, claro, porque me educaron en un colegio de monjas y me da reparo reconocerlo en voz alta. Así que seguía yendo a misa y cuando escuchaba al cura hablar sobre la vida eterna, asentía con aparente convicción, aunque por dentro, era incapaz de imaginarme a mi Paco mirándome desde arriba; sentado a la izquierda del Creador, o a su derecha, yo que sé, y eso por no imaginarlo en el infierno, que es dónde mi hija dice que debe estar. ¡Qué sabrá ella!

Debía llevar un par de meses muerto, cuando sentí que alguien se acostaba a mi lado en la cama, por la noche. Era temprano, lo sé porque el reloj de mi mesilla acababa de dar las nueve y media, que yo me acuesto siempre a la hora de las gallinas; desde que a mi Paco se le ennegreció el hígado no descanso bien. Cuando me giré, con el susto atascado en mi garganta como un hueso de pollo, lo vi con mis propios ojos. Más flaco, con el rostro terso, algo más paliducho y con la barba bien recortada. Una especie de aura blanquecina le rodeaba el cuerpo y le daba un aire así como de santito. Sé que es difícil de creer, pero juro por lo más sagrado que no miento. Me sorprendió que se acostara tan temprano, porque él solía quedarse en la tasca con sus amigos hasta pasada la medianoche, y siempre me despertaba hediendo a alcohol y pegando voces, pero pensé que a lo mejor la muerte lo había cambiado. Esa noche dormí a pierna suelta, sabiendo que él había vuelto. Soñé que Paco volvía a ser el de antes del alcohol: algo tímido, callado, amable y cariñoso.

A la mañana siguiente, me despertó con un beso. Lo sentí helado sobre mi mejilla ardorosa, que había sido una noche de un calor exagerado; para algo estábamos en pleno agosto. El ventilador estaba encendido, y me había traído un vaso de agua fresca que reposaba sobre mi mesilla, junto al despertador. Yo estaba tan contenta que las piernas no me pesaban, ni me dolía la cabeza, ni tenía pensamientos oscuros. Salí corriendo hasta la cocina y allí estaba él, sentado en su silla de siempre; leyendo el periódico. Levantó la cabeza, esa cabeza de santo con un nimbo dorado sobre el cogote y me miró, sonriendo. ¡Qué guapo estaba! Le preparé un café bien cargado, como a él le gusta, y unas tostadas con aceite. Todo lo devoró con una sonrisa beatífica, asintiendo con la cabeza. “Mañana compro un poquito de jamón serrano, Paco, que esto hay que celebrarlo; y tú sabes que

yo para mí sola no compro caprichos”. Él asintió con su cabeza resplandeciente. Después, mientras yo fregaba los platos, se acercó a mí por la espalda y me besó con suavidad la nuca, como cuando estábamos recién casados.

Paco ya no va de tascas, ni da voces, ni le pega patadas a las sillas. Huele a limpio, a jabón de glicerina y a tabaco negro, que ese vicio se ve que ni la muerte se lo ha podido quitar; pero que queréis que os diga, virgencita que me quede como estoy. “¡Ay, Paquito!” le digo yo, acariciándole la mejilla azul y fría como un carámbano, “¡qué pena que no te hayas muerto antes!”. Él sonríe y me acaricia el brazo haciéndome cosquillas. No se cansa nunca de acariciarme. Cuando le pregunté cómo puede ser eso, él respondió que los muertos no se cansan nunca. De lo que vio después de morir, nunca ha querido hablarme, y yo tampoco he insistido mucho. Sé lo que tengo que saber, que lo quiero más que antes, cuando estaba vivo.

Esta tarde ha venido a verme mi hija. Bueno, más que a verme —que nunca tiene tiempo de pararse—, a pedirme que me quede el fin de semana con los niños. Paco estaba en la cocina sentado a su lado, con el aura más apagada que de costumbre; de un color gris humo muy feo. Ella no lo ve, claro, yo creo que porque él no quiere. Los niños jugaban en el pasillo haciendo mucho ruido. Paco estaba tan enfurruñado el pobre, que se levantó con un ímpetu que tiró la silla al suelo y volcó el azucarero sobre la mesa. Mi hija se me quedó mirando con cara de susto, pero yo no dije nada; para qué le voy a explicar, si no lo va a entender, la pobre. “Las casas viejas, las corrientes de aire”. “¿A treinta grados, mamá?”. “Sí, hija, ¿qué quieres que te diga?”

Un cansancio muy grande me esponjaba el cerebro, como si mis pensamientos descansaran sobre almohadones de plumas. Antes de que Paco volviera, estaba tan sola que siempre le pedía a mi hija que se quedara un ratito más, con cualquier pretexto: un cafetito, unos bizcochos recién hechos, unos regalos para mis nietos, pero esta tarde no; una sensación de urgencia se superponía sobre el cansancio de siglos. Quería que se marcharan, que me dejaran a solas con él para que volviera con su aura limpia y me hiciera cosquillas en los brazos. Por eso respiré con alivio cuando mi hija agarró el bolso del perchero y llamó a mis nietos. “¡Paco, Paquito!” grité en cuando salieron por la puerta, “¡Vuelve a la cocina, anda, que ya se han ido!”

## Impulso

De Pilar Arijó Andrade

Me imagino con los ojos cerrados en el alféizar de la ventana, mis pies a un centímetro del borde. Respiro hondo. Cojo impulso. Salto. Dibujo una curva en el aire y subo hasta más allá de las nubes. Los pájaros lo hacen, volar tiene que ser fácil.

Mamá me llama de nuevo, se enfría el desayuno. Hoy nos toca gimnasia. Quisiera estar enferma para poder faltar; muy enferma, para no ir nunca. Me gritan “gorda” cuando me quedo en mitad del plinto, por mucho que lo intente, no lo puedo pasar.

Jesy y sus amigas estarán esperando mi turno, como otras veces, para volver a reírse de lo torpe que soy, para insultarme delante de toda la clase. Prefiero que me lleven al rincón detrás de la caseta durante el recreo; que me digan, que me hagan, que me peguen, pero al menos, ellas y yo estamos solas, nadie las oye, nadie me ve. Delante de la clase me da tanta vergüenza que me cuesta no llorar, y entonces es peor, porque las burlas son de todos, hasta de Alex, con lo que me gusta cuando se ríe, pero cuando lo hace de mí, no lo puedo mirar.

Me ato las zapatillas como me enseñó el tío Miguel, hacer el nudo así es más fácil. Aún huelen raro. Jesy las metió en el váter, dice que son unas zapatillas de mierda. No son tan chulas como las que llevan los demás, no son de marca, mamá por ahora no me las puede comprar, pero ha prometido que si papá encuentra trabajo, lo primero que haremos será ir a la tienda de deportes y elegir las que yo quiera, y si ella lo promete, es verdad.

Cuando me las compre y vayamos a visitar al tío Miguel, se las enseñaré. Mamá dice que no le haga mucho caso, que el tío no está bien, pero él me cuenta historias que me hacen no pensar en la escuela, en Jesy o en papá. Dice que de mayor conseguiré todo lo que me proponga, incluso volar. Le quiero mucho, y mamá también, mi padre solo repite que está más loco cada día, por eso nunca va a la clínica a visitarlo, pero yo al tío Miguel le veo normal.

Mamá vuelve a llamarme, voy rápido. Un vaso de leche y unas cuantas galletas de las que no me gustan; cojo el bote de Cola-Cao y lo raspo, ya lo hice ayer, pero algo saldrá.

Parecen enfadados. Hablan sobre el recibo de la luz, sobre el dinero, y papá empieza a reprocharle a mamá lo poco que gana limpiando en casa de la señora. Todos los días ocurre lo mismo. Me doy prisa en beber la leche, sé que cuando empiezan así siempre

va a peor. Regreso a mi habitación a preparar la mochila. Al cuaderno le quedan pocas hojas, si no hago la letra muy grande para hoy tendré de sobra. Papá sube la voz y a mamá la dejo de escuchar, ahora vendrán los gritos, las palabrotas, luego llegarán los golpes en la mesa... quizás algo más. Empiezo a sentir ese cosquilleo raro en el estómago. Cuando sea mayor no me casaré con nadie, bueno, solo si me lo pide Alex. Mi padre me tiene que llevar al colegio, él lo sabe, pero cuando se pone así no se acuerda de nada, solo de gritar. Igual se nos hace tarde y no voy a la escuela, aunque prefiero ir a que lo pague con mamá. Me gustaría ser un superhéroe, como Spiderman o Batman, pero en chica, poder hacer cosas como las que cuenta el tío Miguel; salir de mi habitación y decirle a papá que se calle de una vez y deje tranquila a mamá, saltar el plinto a la primera y meterle la cabeza en el váter a Jesy para que siempre olera igual que mis zapatillas. Seguro que se quedaba sola, como yo, porque ninguna de sus amigas se le iba a acercar.

El tío Miguel dice que si no lo intento, nunca sabré si lo puedo hacer. Quizás esté loco, pero a mí me parece que el tío Miguel es genial, ha inventado un montón de cosas, aunque mamá diga que no es verdad.

Papá grita con ganas. Me empieza a doler más la barriga. El profesor de gimnasia siempre me repite que tengo que respirar hondo, coger impulso y saltar, que si no lo hago así, nunca lograré pasar el plinto, pero no sé cómo decirle que el miedo no me deja mover los pies, que me duele mucho la barriga, como ahora.

El tío Miguel tiene razón, no hay otra manera de saber si soy capaz. Subo a la ventana, miro a la gente abajo. Mi padre grita, Jesy me espera en la escuela, hoy toca gimnasia. Es como pasar el plinto. Respiro hondo. Cojo impulso... salto.



***Relatos ganadores y finalistas 2021***  
***V Premio de Relato***  
***Fundación Fomento Hispania***

**Jurado**

Ángeles Caso  
Espido Freide  
Care Santos

**Primer Premio**

*Frutos Vecinos* (De Sofía Lourdes)

**Segundo Premio**

*Culebras* (De Nacho Delgado Wicke)

**Tercer Premio**

*Los calcetines* (De María Pérez-Tomé Román)

**Finalistas**

*Ultimátum: cena* (De María Sergia Martín González)

*La Charcutera* (De Mariana Paola San José Mañanes)

*Diario de una oruga* (De Malvina Cruz Rentería)

*Fractura* (De Yesenia Serpa Navarro)

*El Arca* (De María Soledad García Garrido)

*Cazando monstruos* (De Ana Guerrero Arjonilla)

*Y sintió...* (De Victoria Eugenia Muñoz Jiménez)

*Nudos* (De Leyre Arrue Usoz)

*Sombrero de plata* (De Jana Montesinos Sanz)



## ***Introducción de los miembros del jurado***

*Siempre es una enorme responsabilidad formar parte de un jurado literario. Cuando me toca hacerlo, no puedo evitar pensar en las personas que no resultan premiadas, y que tal vez consideren esa ausencia de reconocimiento como una prueba de que no tienen talento, o de que no merece la pena el esfuerzo y la ilusión depositados en sus textos. No siempre es así, por supuesto. A veces, simplemente, alguien ha tenido un mejor día que tú a la hora de escribir su relato. Espero que nadie tire la toalla por no figurar en esta selección, y que quienes sí están —y de cuyos relatos podemos disfrutar en este libro— aprovechen el empujón para seguir adelante. Porque la creación literaria y la vida humana siguen siendo indisolubles, también en estos tiempos de Inteligencia Artificial.*

Ángeles Caso

*Se repite una y otra vez que el relato es un género maltratado en España y que roza la extinción: lo cierto es que no es un bocado para mayorías, pero aún así goza de mejor salud de lo que se le supone, y estos relatos son una buena prueba de ello por su variedad, su intensidad y su intención. Es, como siempre, un privilegio el ser testigo de cómo las historias arrancan y toman forma en su breve desarrollo, y con los relatos inéditos se tiene la impresión de llegar a ellos antes que nadie: como si viéramos cómo se deja atrás el estado de ninfa en tiempo real. No todos los cuentos llegan a mariposa, algunos se secan o se quiebran por el camino. Pero sí lo hacen los ganadores. Y qué hermoso y qué satisfactorio es ese tramo de lectura entonces. Con qué potencia nos lleva el autor donde quería. Quizás por eso no sea el relato para todos: porque eso nos privaría de ser los elegidos.*

Espido Freide

*Escribir para explicarse, para defenderse, para soñar, para presentar batalla a la realidad, por dura que sea, especialmente cuando es insoportable; escribir para escapar, para salvarse, para comprender y comprenderse, para ver belleza donde cuesta verla o donde*

*no la hay. Y leer por lo mismo, claro. Leer estos relatos me hizo pensar en todo esto, en las auténticas razones que tenemos para escribir, en la verdad que contienen algunos textos, incluso sin proponérselo, en el poder salvador de la literatura. Me sentí afortunada por tener la oportunidad de conocer estas historias, mucho más emocionantes y sorprendentes de lo que esperaba. Pensé que sus autoras eran muy valientes por haberlas escrito, y llegué a la conclusión que la literatura también es siempre un acto de valentía. Y ahora me gustaría decirles a todas ellas: vuestras historias se quedaron conmigo, irán conmigo a partir de ahora, allá donde yo vaya. Y eso es lo máximo que le pido a un relato: que sea capaz de acompañarme, primero, y de transformarme, después.*

Care Santos





## **PRIMER PREMIO**

### **Frutos Vecinos**

De Sofía Lourdes

Es importante que tu padre construya la casa en la que vas a nacer. Ladrillo sobre ladrillo en un pequeño municipio de provincia. Las parcelas serán milimétricamente hermanas, pero en esta hay algo especial, un árbol justo junto a la medianera. Sus frutos caen casi todos del lado correcto. Pronto, cuando el nogal se estire y se expanda a los lados, el reparto será equitativo. El barrio es joven, durante años los sonidos de la construcción se acoplan a las actividades de sus habitantes. Otras casas aparecen. Todo se levanta del suelo y crece ruidosamente.

Tu padre es un hombre hosco. Entra a la casa por la puerta trasera y sacude los pies sobre un felpudo que no reza ninguna bienvenida, solamente se aplasta y tose el polvo de los zapatos de trabajo. Es un hombre silencioso y es por eso que tu madre lo espera. En cualquier momento puede darse la vuelta y tenerlo detrás, con la ropa polvosa y los calcetines blancos. Hablan entre ellos ese lenguaje de movimientos súbitos y discretos. Tu madre casi nunca tiene visitas.

Hay algo que empuja a tu madre a confiar en la vecina y es que también está embarazada. Si se encuentran en sus respectivos patios traseros intercambian información y se ofrecen ayuda condicional, es decir, una taza de azúcar si la necesitas. Ambas mujeres se hinchan al unísono a través de la medianera. En otoño, recogen nueces en cuclillas, con sendas barrigas entre las piernas. Se dicen recetas para aprovechar lo cosechado. Enseguida dejan de verse, uno de los embarazos se complica. Tu madre lleva galletas de nuez y las recibe el marido, la mujer no quiere ser vista en esos estados. Por primera vez tu madre conoce la mesita ratona de cristal y el tapizado de los sofás que años después verás impecables junto a un contenedor de basura. La casa por dentro es tal como se la había imaginado: moderna, empenada. Ambos embarazos salen bien con semanas de diferencia.

No recuerdas cuándo fue la primera vez que viste a Manuela. Desde pequeña, trepada al nogal gritas su nombre, si es necesario hasta desgarrarte la garganta. Casi siempre acude al llamado. Cuando no, sientes llenarse la tristeza, una tristeza que se vacía

aullando “¡Manuelaaaaa!”. Habláis de todo. Jugáis en silencio con las hojas y los gusanos de la nuez, blancos y minúsculos. En una ocasión, Manuela se traga uno sin asco y sin dejar de ser hermosa.

Tu madre dice “Esto es privado, ni se te ocurra repetir una palabra”. Se refiere a los vecinos. Ardes de deseo hasta que cunde la confidencia: le das a Manuela los secretos de tu familia como si fueran ofrendas. Ella no tiene ninguno, cuando los adultos hablan está durmiendo. No es tu caso. Desarrollas desórdenes en el sueño desde pequeña.

Un día, tu padre se va de casa. Tu madre no dice nada, solo llora cuando cree que estás durmiendo, pero no duermes y la escuchas. Nunca mencionarás el tema. Tu madre pasará mucho tiempo encontrándose mal, quizás para siempre.

Sabes que Manuela oye. Especialmente en verano, cuando en ambas casas se abren ventanas y puertas. Cada vez que tu madre te regañe responderás con más fuerza, no admites ser doblegada en público. De la familia de Manuela, en cambio, no llega ningún sonido. Aprendes cómo y cuánto viajan en el aire las palabras porque algunos domingos, estando en la casa vecina, oyes a tu madre cantar un fado. Al verano siguiente los padres compran un aire acondicionado, cierran las ventanas, recuperas tu privacidad, pero el daño ya está hecho de todas formas. Eres una adolescente rebelde. Tu madre no tiene dinero. Esos dos hechos encajan a la perfección.

Una mañana de invierno, mientras todos duermen, tu madre decidirá podar el nogal con sus propias manos. Estás haciendo lo posible por mejorar tu sueño alterado, que a esta altura comienza a generarte secuelas, pero aún es frágil, cualquier sonido lo echa a perder. Te pones una chaqueta sobre el pijama y la acompañas. Se está tomando esto muy en serio, te alegra encontrarla tan plena de energía. Cuando el trabajo está casi hecho, la familia vecina lo descubre con indignación. Los nogales no se han de podar en invierno, dicen, tu madre acaba de hacer una cosa terrible, probablemente tu madre acaba de matarlo, dicen. Ella se defiende gritando un poco, y sabes que ese no es el modo, pero aun así te mantienes firme en apoyarla. Alega algunas cosas fuera de lugar. Trae del pasado vergüenzas menores. “Yo también tengo memoria”, grita. Pronto, su rostro ruborizado por la alegría del esfuerzo físico se torna gris otra vez. Se le saltan las lágrimas de los ojos, le caen a los colmillos. Manuela está tan callada como sus padres. Antes de darse la vuelta te mira con cierta pena. Es la pena de que tu padre sabría cuándo podar cada árbol y de que todo en tu casa se transparenta hasta desaparecer. No admites ser compadecida. A partir de entonces, si hablas de Manuela, pronunciarás su nombre en silencio, procurando que no viaje de ventana a ventana. Morirá el árbol. No volverás a vaciar la tristeza.

## **SEGUNDO PREMIO**

### **Culebras**

De Nacho Delgado Wicke

Estaba regando los lirios de la plaza. Fue cuando el posadero alargó un papel doblado; de tu hija. El propio Tomás, al verla confundida, le dijo que acudiese al Feliciano, que él entendía de esas cosas. Preparándose para la visita, como no sabía a qué atenerse, se vistió con el elegante vestido verde que conservaba de sus antiguos bailes. Aún le quedaba decente, pensó en el espejo, alisándose los faldones acartonados. Recogió de las ramas del jardín los frutos más hinchados. Dos duraznos, rebosantes de azúcar, y siete limones. Por si acaso, recapacitando sobre los bártulos necesarios para el ritual, guardó en la cesta de mimbre unos cordones amarillos, pertenecientes a los primeros zapatos de Maira. Aunque deshilachados, pensó que igualmente servirían.

De camino su mente no quiso ahondar en los nervios, decidió quedarse encallada en la mansa superficie. Chapotear en el desconocimiento. Lo que tenga que ser será se dijo con sequedad, y se aferró con fuerza al bastón mientras subía los peldaños del porche.

La miró de arriba abajo, con un gesto de tibieza. Ella ofreció el papel, todavía doblado, y le explicó que se lo había entregado Tomás, el posadero, diciendo: de tu hija. Feliciano pareció entender. Ojeó el desgastado atuendo, la cesta sostenida por la anciana.

- Sí, parece una carta. Pasa y la leemos. ¿Y todo esto?

- La fruta, por las molestias. Los cordones son de Maira, por si los necesitas. También traje velas.

Una sonrisa se esbozó en el rostro del abogado; eso la tranquilizó. Se sentaron en la cocina. Salía de un caldero el inconfundible olor a sopa de gallina. Feliciano extendió el papel y se quedó observando el contenido, en silencio, reconcentrado, como si estuviera solo. Ella tragó saliva, observó la estancia, pensó que a los caldos de gallina les va estupendamente bien las hojas de clavo, machacadas, junto a un diente de ajo. El diente siempre entero. Feliciano apareció tras la carta, la dejó sobre la mesa. Ella suspiró, expectante. Estuvo un rato ensimismado, con la mirada en el óxido de las herramientas apiladas. Empezó por el principio. Que esas marcas contaban cosas. Cosas sobre Maira.

Que ella lo tenía que creer, aunque desconfiara. Alzó el folio, levemente arrugado, y se lo enseñó. No distinguía nada. Garabatos. Pequeñas culebras negras. Tu hija sabe escribir, debes estar orgullosa. Asintió con la cabeza y, obedeciendo, se sintió orgullosa.

Línea por línea fue transmitiendo el mensaje. Traduciendo, mejor dicho, porque no le parecía adecuado el contenido literal de la carta. Que una hija hubiese muerto en una celda mísera, arrestada por numerosos hurtos, no era justificación suficiente para que la alcaldía de aquella prisión mandase relatado el fallecimiento a la madre. O tal vez sí; pero a él no le parecía adecuado.

- Te manda muchos abrazos, dice que está muy lejos, en una tierra donde nunca hiela...

- ¿Y tiene marido?

- ...que está trabajando como costurera, que es muy feliz.

- ¿Pero tiene marido?

- Sí. Un miembro honorable del ejército. Que están muy enamorados.

- ¡Será posible! Dile que lo cuide mucho, que no lo pierda, que la conozco.

- Petra, no puedo hablar con ella.

- Ah... ¿Y tiene hijos?

- Eh, sí. Tres. Preciosos. Dos niños fuertes y una niña muy linda.

- ¿Y cómo se llaman?

- La niña como tú, Petra. Los otros... Felipe y Esteban. Toma, usa mi pañuelo.

- Mi Maira... qué alegría tan grande... ¿Me oyes? Te extraño mucho.

- Petra, es una carta. Y deja ya de estrujar esos hilachos.

La mirada se humedeció con lágrimas de ventura. Feliciano había vuelto los ojos a la herrumbre, dejándola intimidad. Su conciencia batallaba contra sí mismo. Petra volvió a casa con la cesta vacía de fruta, con los cordoncitos anudados y el papel bien doblado. La plenitud la pellizcaba el espíritu, una paz agotadora que la hacía más y más liviana. Por el camino tomó la feliz determinación de aprender a leer. Descifrar los garabatos. Así se comunicaría con Maira. Le contaría cosas, todo lo que nunca pudo enseñarla. Que al caldo de gallina le iba muy bien el clavo, por ejemplo. Puras ilusiones, pues notaba una transparencia aumentando. Por eso aquella noche se durmió con el vestido verde sin quitar, abrazada a la carta. Con un suave cosquilleo, las culebras negras se le introdujeron por todo el cuerpo.

## **TERCER PREMIO**

### **Los calcetines**

De María Pérez-Tomé Román

Aquella noche era igual que las anteriores y, con plena seguridad, sería parecidísima a la del día siguiente. Todo seguía su orden. Meriendas, deberes, duchas, cenas y a la cama. Así era y así debía ser si quería que su familia fuera tal y como Dios manda. Bien sabía ella que el matrimonio es lo más sagrado y que con las cosas del Señor no se juega. Como cada noche, a esas horas, el silencio reinaba ya en su cocina. Solo quedaba ella levantada, todos los demás se habían retirado, incluso su marido. Los cacharros fregados escurrían en la platera. Antes de apagar la luz, a Charo le gustaba entretenerse mientras recogía la ropa seca de las cuerdas del patio de vecinos. Lo de planchar, al cesto; lo de doblar, al sillón del salón donde se iba a sentar un rato. Charo aprovechaba antes de acostarse para descansar sus huesos después de todo el día de andar trajinado por la casa, acarreando el carro desde el mercado o amagando el lomo mientras planchaba las camisas de su marido.

Podría doblar los calcetines con los ojos cerrados y ni aun así los desemparejaría. Veinte años siendo el alma y la conciencia de su familia le permitían ver sin mirar, escuchar sin oír, saber sin preguntar y llorar sin gemir. Veinte años son siete mil trescientos días, más de cinco mil noches mal dormidas, mil doscientas misas de precepto, cinco hijos y ningún orgasmo, por la gracia de Dios.

Cada noche seguía el mismo ritual. Colocaba a su lado la montaña de calcetines recogidos del tendedero. Con parsimonia hacía su labor, pero siempre con esa templanza del que sabe lo que hace. De uno en uno metía a fondo su mano hasta la punta y después estirar bien desde el talón. Charo era una auténtica experta enrollando calcetines. Cuando faltara, su familia la echaría de menos, aunque solo fuera en el preciso momento de ir a calzarse por las mañanas. Cada tipo de calcetín requería su técnica, pero ella con todos se empeñaba a conciencia siguiendo las enseñanzas de su confesor: «Es en las pequeñas cosas donde encontramos y amamos a Dios». Por cada par doblado, una jaculatoria ofrecida a la Santísima Virgen que tanto velaba por ella y los suyos. A un lado

los de deporte, al otro los del uniforme del colegio de los pequeños, aparte los ejecutivos de su marido... Los pantis de Cris, la de diecisiete años, ya no los doblaba. Un día lo decidió así. Y, junto con ellos, amontonaba también su ropa interior juvenil haciendo con todo ello un ovillo. Después dejaba todo eso en el suelo del pasillo, delante de la puerta de su hija mayor.

Le gusta doblar calcetines al tiempo que veía la tele. Puso el telediario del Canal Internacional de 24 horas. En ese momento, y como cada noche, comenzaron suavemente los golpes en la pared contigua del salón. Era la el tabique del dormitorio de la mayor, su Cris. Ese día, el ritmo del crujir chirriante del somier inexplicablemente fue en aumento. Impulsivamente, Charo cogió el mando de la tele, subió el volumen lo bastante como para solo escuchar al locutor. Entonces comenzó el ritual emparejando los calcetines. Un par doblado. Y siseó entre dientes: Ave María Purísima. Otro par: Cristo ten piedad... así hasta completar la letanía. La fila de calcetines la fue organizando perfectamente sobre la bandeja de mimbre de la colada. Todos, excepto los pantis y la ropa interior de su Cris. Hizo un hatillo con todo y lo colocó aparte sin que tocara el resto de la colada familiar.

El telediario nocturno terminó. Charo apagó la televisión y la luz. Aún se oían susurros al otro lado de la pared. Para ser invisible, se descalzó intentando no hacer ruido por el pasillo. Lentamente se metió en su cama que aún estaba vacía. Las sábanas frías le rozaron. Instintivamente se tocó el vientre y sintió el sosiego de los últimos cuatro años que habían pasado desde el último embarazo. Para la menopausia no debía de quedarle ya mucho, entonces ya podría dormir tranquila todas las noches. El cansancio le hizo entornar los párpados, pero los cuchicheos seguían y le resonaban como un eco manteniéndola despierta. Nerviosa, revolvió en el cajón de la mesilla y cogió el rosario:

-Jueves, misterios Gozosos. Primer misterio, la anunciación del ángel a nuestra Señora.

Charo se persignó y cerró los ojos. Le vinieron a la cabeza los consejos con los que tantas veces le reconfortaba don Anastasio en el confesionario: «Hija mía, Dios pone las pruebas más difíciles a los escogidos. Ten fe y confía. Y, sobre todo, que lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre».

En la oscuridad y al tacto, juntó sus dedos mientras apretaba las desgastadas cuentas del rosario. El mantra de las avemarías, poco a poco, le fue consolando hasta encontrar su paz interior. Resignación cristiana para acallar su dignidad humana. Lo importante es que ella sabía comportarse como una esposa buena y comprensiva con las debilidades de su marido. Si esa era la voluntad del Señor, quién era ella para desafiarle.

## Ultimátum: cena

De María Sergia Martín González

Abuela lo dejó claro: o cenábamos juntos o «se moría y nos jodía las putas navidades». Yo fui el primero que vio su whatsapp. Tenía palabrotas maravillosas por lo que corrí a leérselo a papá. Deseaba que sucediese cualquier eventualidad cósmica para conseguir reunirme con mis primos, a los que no veía desde hacía un año. Papá me soltó dos collejas. Una, por repetir los tacos de abuela y otra, por coger el móvil sin permiso. Carol, su nueva novia, le llamó cromañón. Es una mujer encantadora, mucho más joven que papá y mi profesora favorita.

Aunque el mensaje de abuela era contundente, papá intentó hacerla cambiar de opinión. Que si las autoridades recomendaban no reunirse. Ella ya lo sabía porque los «putos telediarios» no hablaban de otra cosa. Que habría que mantener distancia social entre comensales. «Como cada año desde que murió abuelo, que parece que tu hermano y tú os repeléis». Que pasaría frío con las ventanas abiertas. «Me dejaré el pijama puesto»... Ningún argumento pudo convencerla. Además, ella había comprado una docena de test antigénicos para que nos sintiéramos más seguros.

Papá se quedó bloqueado al saber que debería compartir mantel con tío Pepe, su gemelo, y tía Olga, su esposa. Y, por supuesto, con mis primos, Pepo y Kumiko. Pepo era además mi mejor amigo y Kumiko, la niña de ojos rasgados más bonita del universo. Para mí supuso que el sol comenzase a abrir los cortinones de mi oscura existencia.

Tras la discusión de nuestros padres no había vuelto a ver a mis primos. Aquella noche acababa de preguntar a Kumiko si quería ser mi novia. No pudo responderme porque, antes del segundo plato, papá y tío Pepe ya se levantaban la voz. Primero, por algo relacionado con la adopción de mi prima y después, por un libro antiguo de abuelo que ambos querían. Nos marchamos sin terminar de cenar y sin conocer la respuesta de Kumiko.

Un año con dudas en el amor consigue que el corazón lata un poco más lento. No es por llevar mascarilla o por haber cogido peso durante el confinamiento, como decía papá. La incertidumbre logra que mueras un ratito cada día. Eso fue lo que dije a la abuela a la salida del cole cuando me preguntó qué demonios me pasaba. Se lo conté todo. Entre lágrimas que terminaron empapando el bocadillo de Nocilla que trajo para merendar.

Después de hacernos los test y comprobar que éramos negativos nos sentamos a la mesa. Había nueve platos. Pensamos que uno sería in memoriam del difunto abuelo. Abuela estaba preciosa, con un vestido de lentejuelas y la cremallera a medio subir por el pijama que llevaba debajo. La tensión entre papá y tío Pepe era tan espesa que nos comprimía. Ambos permanecían callados, pelando langostinos. Carol y tía Olga comenzaron a hablar de Historia, como cada vez que se juntaban. Pepo me guiñó un ojo y me dio una patada bien fuerte por debajo de la mesa. Como cada año, se la devolví multiplicada por diez. Nos gustaba dejarnos un buen morado en las espinillas para recordarnos durante las semanas siguientes. Kumiko había crecido mucho. En altura me sacaba dos cabezas y sus formas femeninas comenzaban a insinuarse bajo la blusa. Sus padres ya le dejaban pintarse los labios y tener móvil. Cuando me miró, me ruboricé. No podía estar más feliz.

Nos interrumpió el timbre de la puerta. Abuela se sacó el pijama y acudió a abrir. Un señor trajeado apareció con algo entre las manos. «Soy negativo, querida», dijo a abuela mientras le propinaba un beso tan cinematográfico como el que yo soñaba dar algún día a Kumiko. Era Juan, el novio de abuela, el comensal número nueve, con el que pensaba pasar el resto de vida que les permitiera «la puta pandemia y el jodido coronavirus». Todos reímos su ocurrencia. Hasta papá y tío Pepe. Por primera vez les vi mirarse a la cara, sonreír y emocionarse a la vez, como reflejos del mismo espejo.

Al terminar la cena, abuela entró en su habitación y salió con dos paquetes. Uno para papá y otro para tío Pepe. Papá abrió el suyo primero. «De la Mancha» ponía en la tapa de su libro. «Don Quijote», decía la del tío Pepe. Abuela había partido salomónicamente el libro de la discordia en dos mitades para compartir el tesoro del abuelo entre sus hijos. Juan era encuadernador y fue en su taller, cuando ella encargó cercenar el libro, donde se conocieron y enamoraron.

Papá se puso en pie y pisó todo lo fuerte que pudo el dedo gordo de tío Pepe. Este, con gesto de dolor, procedió igual pisoteando a papá. Ambos, con lágrimas en los ojos, se abrazaron como habían hecho desde que eran críos. «Jodido estúpido», dijo papá. «Maldito cabrón», respondió tío Pepe.

Kumiko me hizo un gesto para salir a la terraza. Antes de que pudiera repetir mi pregunta sobre nuestro noviazgo, se me adelantó y me mostró emocionada la foto del chico que le gustaba en su móvil. Dijo que guardara su secreto y me dio un beso en la mejilla que me supo a respuesta y a desengaño.

Sentí ganas de apagar el planeta y llorarlo entero cuando dijo que siempre sería su primo favorito.

## La Charcutera

De Mariana Paola San José Mañanes

-Está demostrado científicamente que el consumo de embutidos incrementa el riesgo de sufrir enfermedades cardiovasculares- dijo él, desde detrás de su barba hípster.

Ella le miró dulcemente desde detrás de su mostrador de charcutería.

Era mi turno así que, luego de regalarle una tenue sonrisa, cogió la pieza de jamón, me miró y preguntó:

- ¿Doscientos? Asentí.

Y él le preguntó: -¿Tú que crees?

Como si no se percatara que allí sólo había un puñado de personas comunes, comprando jamones, quesos, aceitunas; el hombrecito estaba interesado en hablar de la demostración científica de los efectos mortales del jamón.

Entonces, dios bendito, para mi deleite, ella respondió:

-Yo sólo creo en lo que no puede demostrarse científicamente- fue lo primero que dijo, más tras una brevísima, pero perfecta pausa, continuó:

-No se ría, no es una broma, ni un desafío, ni un juego. Es una certeza. Fíjese. Lo que puede demostrarse científicamente es como que “ya está”. No hace falta “crear” en eso. No necesitas “fe”. Existe una “evidencia”, una “demostración”. En cambio, si usted cree en algo que no se puede demostrar científicamente, ha de tener fe. Como bien dice el que lo ha dicho, “la fe mueve montañas”. Pero allí está la comunidad científica dándose grandísima importancia, como si fueran lo más grande del mundo. Entonces está bien decir “está demostrado científicamente”, porque si no lo está, es insignificante, no tiene crédito y todos nosotros, domésticos humanoides, rebaño obediente, seguimos ese caudaloso río de supuesta inteligencia absoluta mientras poquito a poco y sin darnos cuenta, vamos apagando nuestra fe.

En ese momento coge la horma de queso semicurado y marcando con el cuchillo más o menos un octavo, fija la vista en mí. Asiento. Ella continúa:

-¡Pero si la fe se vuelca en las cosas más importantes y maravillosas de la vida! El ser humano con auténtica fe, haría auténticos milagros.

Termina de envolver el queso. Coge las aceitunas negras me mira. Asiento. Ella me despacha exactamente lo que fui a comprar sin que yo hable y mientras tanto sigue

hablando de la fe:

-Y ha de tener fe en cosas que no pueden demostrarse científicamente. Fe en el camino.

Fe en la nobleza.

Fe en el instinto.

Fe en el amor. ...

Y terminando de pesar las aceitunas me mira, sonrío y agrega: -Fe en la conexión.

¿Alguna cosita más?

-No, gracias. Muchas gracias.

Yo tengo fe en la charcutera.

## Diario de una oruga

De Malvina Cruz Rentería

No vayas, le dijo la hermana mayor, pero ella no obedeció. Así que ahí va detrás de su mamá. Mamá va al monte, lleva en el hombro una alforja y dentro las calabazas en las que echará la leche de las vacas.

Mamá no tiene tiempo para detenerse a esperarla. Menos para ayudarla cuando sus piernas aún de pichoncito le dicen que no será fácil continuar.

Ella llora cada vez que mamá desaparece de su vista.

Carreras y carreras, vamos nivelando.

Pero, de pronto una empinada que mamá pasa con un buen tranco a ella le implica esfuerzo propio de un escalador del Himalaya.

Mami espérame, mami espérame, grita.

Grita, pero mami parece no escuchar, no se vuelve.

Pero no se rinde. Sabe que no puede detenerse. Pararse a llorar significa dar ventaja al cuco que asomaría de entre los arbustos que le parecen gigantes, y de esa maleza enrevesada, ovillo de víboras.

Y la vemos intentando trepar, calibrando, buscando aquí allá, el hueco más ajustado a sus endebles garras. La vemos fijando sus manitas en piedras generosas, mientras con su vientre tan de oruga se arrastra hacia arriba, dándose impulso con los pies que se han empotrado entre rendijas.

Pero la infancia está plena de juego, de reposo, al diablo las penas. ¿Qué será eso que los grandes llaman tiempo?

Y por un instante respira, corta el miedo, y sus ojos van posándose en cada detalle guardado en las rugosidades de la tierra parda que acarician sus mejillas:

Piedrecitas, átomos brillantes, soles incontables, palitos que dibujan mundos infinitos, paisajes poblados de arenillas que con apuro se entrecruzan: hormigas, mosquitos, niguas, y tantos otros que no alcanza a poner nombre.

Parecen ser amigos, se siente acompañada. Se sumerge en el océano. Un consuelo. Pero un tic tac de realidad le dice: ¡Tu mamá!

Y cual gusano verde medidor pega un salto. Llega a la cima. Ha vencido.

Mami espérame, mami espérame, grita.

Se echa otra vez a correr, correr...

y se alegra en silencio al tener ante sus ojos las flores de una falda que bailando le dicen que ahí tiene a su mamá.

Y que la luna es de queso. Eso le dirá mami cuando esté de buenas.

Y entre cortas laderas otra empinada, y otra. Así hasta llegar al potrero.

Mientras mamá se acuclilla debajo de la panza enorme de la vaca y va dejando caer lluvia espumosa sobre el cazo, ella ausculta, juguetea. Quisiera aprender a ordeñar, pero teme que las vacas la revienten con sus pezuñas. Las ve tan grandes. Quisiera jugar con el hijo de la vaca. Se ve tan de juguete, pero los ojos negros del animal la inmovilizan. Y se limita a mirar de lejos.

Mamá va acabando los deberes sin decirle una palabra.

¿Qué te hizo enojar hoy, mamita?

La vuelta será leve. Ella sabe algo que mami con el peso de los años y el tedio de las calabazas va olvidando. Y también su hermana.

Correr de bajada.

Qué encanto correr de bajada, aunque con cada caída vuelen los dientes de leche.

Qué importa un diente, si para eso está papá, el emisario fiel del ratoncito Pérez.

Ella no lo ha visto nunca, pero sabe que papi no miente:

Ratoncito Pérez vive en un palacio, debajo del batán de piedra, y come de la harina que mami deja cada vez que muele maíz para tortillas.

## Fractura

De Yesenia Serpa Navarro

Once años. La muerte de sus padres, su hermano, su abuela. Una violación. Ese era el equipaje de Rebeca Ariza cuando se marchó con la infancia mutilada y un dolor enquistado en el alma que, con los años, se extendería como un cáncer hasta hacer metástasis en su memoria. Sobrevivió al ataque de su pueblo, pero no pudo escapar de las zarpas de aquel hombre que la recibió como un trofeo arrebatándole lo último que le quedaba: la inocencia.

“¡Qué potranca más arisca!” fueron las palabras del jefe guerrillero cuando Rebeca Ariza se quedó con su piel entre las uñas, en un intento fallecido por defenderse. Lo marcó con la furia de un animal salvaje en el lado del corazón con cinco líneas que lloraban sangre, al tiempo que su virginidad la abandonaba escurriéndose por la entrepierna.

Después de usarla, ordenó que la llevaran con el resto de los prisioneros. Allí se encontró con mujeres, jóvenes, niños y otras crías que habían sufrido su misma suerte. Ese era el botín: las mujeres para el disfrute personal y la servidumbre; los niños, con la conciencia interrumpida, para el adiestramiento, y las chiquillas, el recipiente en el que se mezclaban la satisfacción del instinto y los ideales subversivos. Entre la agónica desesperación de sus vecinos y los aullidos de los guerrilleros, contempló cómo la dentellada de las llamas devoraba el que había sido su hogar durante años y su infierno en unos minutos. Sabía sobre las incursiones de la guerrilla y los paramilitares en los pueblos cercanos a las montañas y la selva, pero nunca imaginó que algo así podría ocurrir en La Esperanza, un nombre que a partir de ese momento sería sinónimo de desdicha.

Con el gris elevándose hasta el cielo, ese que antecede a las tormentas, Rebeca Ariza se despidió de la niña que jugaba a las escondidas entre cañaverales y libélulas. La vio descalza con el vestido blanco de petunias amarillas que la Nona le había regalado por su cumpleaños. La vio feliz, saltando entre los charcos después de un aguacero. La vio acompañada de sus padres y del pequeño Juan, su hermano, quien desde los brazos de la Nona le decía “adiós Beca”. Entonces lloró. Lloró por sus muertos, por su pueblo. Y por ella. A solas, dentro de sí misma.

La polvareda que dejaban los camiones donde eran transportados desdibujó el camino y cubrió los campos, como la niebla turbia en un amanecer sin prisas. Esa

fue la última imagen en la infancia de su mirada en la que parecía que el diablo había ascendido desde su reino y escupido polvo sobre la tierra. Un diablo que los arrastraba a las tinieblas del secuestro y los entregaba como carnada a la boca del olvido. Lloró y se aferró aún más al brazo de la desconocida. La caravana atravesó los cañaverales y se incorporó a la carretera. Desde allí, por una trocha, se internaron en la sierra para evitar al ejército, pero, justo cuando estaban a punto de cruzar la frontera, el ronquido de una ametralladora impidió el paso del todoterreno que les dirigía. En cuestión de segundos, el fuego cruzado ahogó el silencio. Los jefes guerrilleros, al ser los últimos, lograron escapar tras el sacrificio de los subalternos. Aquello fue una masacre de piel entre amasijos de acero y hierro. Entre las leyes de unos y los ideales de otros. Y en medio, los civiles. Víctimas colaterales en la lucha por el poder, aunque poco le importe a la historia.

Han pasado veinte años desde que el Gobierno iniciara “Exterminio”, una serie de operaciones para doblegar a la guerrilla. Hoy, La Esperanza, uno de los tantos pueblos devastados por la violencia, será el escenario de la primera mesa de negociación entre los delegados del Estado y los líderes de las Fuerzas Independientes Renovadoras “FIR”. Todo está controlado en las inmediaciones y en la frontera. Dentro de poco llegarán los mediadores internacionales. No ha sido fácil regresar a este lugar. Aquí acabó mi vida como civil y empezó el camino impuesto como guerrillera. Fui una de las pocas personas que sobrevivió a la emboscada del ejército, pero no pude huir de mis captores. Aun así, ayudé a unos cuantos a escabullirse en medio de la confusión del tiroteo. Entre ellos se encontraba Rebeca, con el cabello largo enmarañado y un vestido de flores magulladas. La recuerdo con el horror en la mirada y el miedo que me estrujaba el brazo. Una niña rota, fracturada por una guerra que no le pertenecía.

La delegación zolana presidida por el ministro de Justicia y Paz llega hasta la Alcaldía. Una comitiva de tres delegados y diez escoltas se ubica en sus respectivos puestos, de acuerdo con el protocolo. Saul Díaz, exjefe militar de las FIR, ahora político y portavoz, habla con los representantes del Gobierno cibano. Interrumpo la conversación y lo saco de la oficina para informarle sobre una posible encerrona. A mi señal, uno de los escoltas del ministro me sigue. En la sala contigua al despacho del alcalde, la arista de una navaja corta el cuello de Díaz, mientras su dueña le susurra: “de parte de una potranca muy arisca”.

## El Arca

De María Soledad García Garrido

Ya habían pasado cuarenta días con sus cuarenta noches y seguíamos flotando a la deriva. Aguzaste la vista para adivinar el recorte de la costa y te giraste decepcionado. A mí también me dolía la barriga con ese sube y baja que arrastrábamos varios días. Creíamos que después de la tormenta llegaría la calma, pero el arca seguía cabalgando sobre olas desbocadas. Procurábamos que no se cruzaran nuestras miradas para no sentirnos avergonzados. Nos estábamos comportando como extraños.

Intenté buscar palabras que nos sirvieran de bálsamo, pero, a esas alturas de la travesía, ya estábamos heridos de muerte. Habían pasado de largo las ocasiones de redimirnos. No deberíamos haber despreciado aquella isla al inicio del viaje. A nadie le viene mal pisar tierra firme. Cuando se levantó la tempestad, trataste de construir una escollera en medio del océano, detener, como un nuevo Moisés, las aguas furiosas que amenazaban con tragarnos. ¡Qué ilusos fuimos luchando contra la fuerza del mar! Recuerdo, no sé si tú también, que en ese momento hablamos de tabla de salvación, esquivando los estertores de nuestra relación. Desconocíamos que el temporal no remitiría aún, que la cresta del diluvio estaba por llegar.

Tratamos de salvaguardar, eso fueron los primeros días, nuestras posesiones, aunque habría sido más sensato repartirlas antes de subir a bordo: tus gemelos de plata, mis lentillas de colores, los zapatos de la boda, las dos alianzas, tus calcetines de rombos y mis medias de seda, tus gafas graduadas, las manoplas de lana... Pero una ola salvaje nos las fue arrebatando poco a poco hasta despojarnos de ellas. Por la borda se escaparon también las ilusiones y el cariño. Salpicaban —parecía que el arca iba a zozobrar— los reproches y desplantes.

Tuvimos días de calma. Pusimos en orden el barco, no había quien pisara sin tropezar. Dimos de comer al caballo y la yegua, al gallo y la gallina, a los monos, los perros, los tucanes... Todos esos animales a los que elegimos proteger y que fueron testigos de nuestra posterior caída. Tomamos baños de espuma y luna. Navegábamos obedeciendo a la brújula de los rescoldos de nuestro amor, atizando las brasas mientras sosteníamos juntos la rosa de los vientos. Se sucedieron felices los días, remábamos en la misma dirección. Pero de vez en cuando nos despertaba una punzada que nos

alertaba de que quienes surcábamos los mares sobre ese colchón de misteriosa dicha solo interpretábamos a los personajes principales de una obra de teatro, cuando, en realidad, únicamente éramos espectadores sentados en las butacas esperando el final de la actuación.

Cuarenta días pueden ser una vida. Yo esperaba que siguiera brillando el arco iris, que luciera el sol, pero regresó indefectible la lluvia. Había caído la maldición sobre nosotros. Tuvimos que echar mano de los cubos. Si no nos espabilábamos achicando agua, sería cuestión de horas que naufragáramos. Regresó la lluvia y regresaron las recriminaciones, el tú más, el fue por tu culpa. A ratos, las olas engullían nuestros gritos. A ratos, masticaban los silencios. Caímos exhaustos en la cubierta, que apestaba a humedad y salitre. Los animales demandaban nuestra atención, pero bastante teníamos con lamernos nuestras propias heridas.

Una noche creí ver la luz de un faro. Era una luz anaranjada que iba y venía, que regaba con su haz la oscuridad. Sin recordar que estábamos enfadados, te la señalé. Me abrazaste por la espalda en un acto reflejo. Tú tampoco recordabas en qué punto nos encontrábamos. Después, como dos polos del mismo signo, salimos despedidos a las esquinas opuestas del arca. No era estribor ni babor. No era proa ni popa. Solo la línea más distante que se podía trazar en un área tan reducida. Habríamos podido comportarnos como adversarios en un ring, con los guantes dispuestos para el combate, pero nos sobrevino un cansancio extremo. Con ayuda de unas palas, impulsamos el arca. Tuvimos que aunar nuestras fuerzas. Tal vez la misma luz del faro nos iluminó justo cuando estábamos abocados a morir ahogados. Remamos sin cesar. La orilla estaba cerca. El perfil de la playa, nítido por la luz de la luna, casi se podía tocar con las manos. En pocos segundos, la embarcación encalló y desalojamos a los animales. ¡Cómo corrían! Huían sin concedernos una última mirada, por parejas, tal y como habían subido. Tú te lanzaste el primero y estiraste los brazos para ayudarme a bajar. Nuestras manos estaban heladas, no sé si te diste cuenta de esa frialdad. Quizás por eso las soltamos, como si un calambre nos hubiera sacudido.

Una ola agitó el arca y la marea la arrastró de nuevo hacia el mar. Observamos en silencio cómo se hundía y desvanecía en el horizonte azul, casi negro. Echamos a andar —¿dónde fue a parar la rosa de los vientos?— a lo largo de la costa, con los pies húmedos por la arena. Iba detrás de ti, pero las olas borraban tus huellas. Cuando el sol despuntó, hacía tiempo que había perdido tu rastro. Te había perdido.

## Cazando monstruos

De Ana Guerrero Arjonilla

Cristina levantó la vista de la pantalla de su portátil, la biblioteca estaba casi vacía. Otro día perdido que había dedicado a ojear libros y webs repasados un millón de veces, sin encontrar lo que deseaba que se convirtiera en el punto central de su tesina, un estudio basado en criaturas de naturaleza oculta con presencia en el folclore antiguo, pero que hubieran pasado desapercibidas para la literatura y el cine. A pesar de sus esfuerzos diarios, no encontraba referencias sobre seres originales. No estaba avanzando.

A regañadientes, reconoció que aquel había sido un día poco fructífero. Recogió sus bártulos y se marchó a pie a casa de sus padres, a la que había regresado durante las fiestas navideñas.

Un absoluto silencio la recibió al abrir la puerta de entrada. Miró el reloj, no era tarde, y le extrañó que todos estuvieran ya acostados. Su cabeza abotargada por los datos no quiso elucubrar más allá de lo necesario y subió las escaleras procurando no hacer ruido.

El piso superior estaba a oscuras, tuvo que mirar hacia abajo para asegurarse de no tropezar, pero antes de alcanzar el último peldaño notó un fuerte tirón, cayó hacia atrás y aterrizó con violencia al final de los escalones. Se quedó sin aliento unos segundos y percibió una fuerte punzada en la nuca. Incapaz de averiguar lo que había sucedido, la inconsciencia se apoderó de ella.

No supo precisar el tiempo transcurrido al abrir de nuevo los ojos. Se incorporó despacio, con un tremendo dolor de cabeza. Se quedó sentada un momento, evaluando si levantarse provocaría un nuevo desvanecimiento. Un hilo de sangre se deslizó por su mejilla izquierda.

Algo mareada, consiguió ponerse en pie y subió de nuevo las escaleras. No entendía cómo sus padres no se habían despertado al escuchar el golpe.

Lo que encontró al llegar a la habitación de sus progenitores le dio la respuesta: las vísceras de su padre, abierto en canal sobre la cama, estaban esparcidas a los lados como los tentáculos de un pulpo, arrancadas de su vientre con violencia animal. Su madre, con el camisón desgarrado, yacía en el suelo cerca de su amado tocador, con la cabeza apenas sujeta por un tendón al resto del cuerpo.

Aquella horrible visión y el olor de los cuerpos desmembrados, casi le hicieron vomitar, pero reprimió de golpe las arcadas al recordar de pronto a su hermana pequeña. Salió corriendo hacia la otra punta de la casa en su busca, pero un ruido a sus espaldas la frenó en seco.

Al girarse vio, al fondo del pasillo, un ser unos dos metros de altura, piel grisácea y ojos negros, que la observaba en silencio. Los brazos de la criatura; de una longitud exagerada, acaban en manos de tan sólo tres dedos de uñas curvas, parecidas a las de las de un ave de presa. El torso, estrecho y huesudo, se movía acompasado por una respiración entrecortada. Sus fibrosas piernas aguardaban en tensión, expectantes ante cualquier movimiento de su víctima potencial, mientras sonreía con una enorme boca babeante llena de dientes serrados.

La criatura se movió con rapidez fugaz, pero no la atacó, sino que pasó como una exhalación a su lado, dirigiéndose a la habitación del fondo. Ella tardó varios segundos en conseguir que sus piernas la obedecieran y al alcanzar la habitación, el ser ya se había abalanzado sobre su hermana y clavaba sus uñas en el delgado cuerpo de la joven, atravesando su carne con asombrosa facilidad.

Cristina se tiró encima de la criatura para frenar la cadencia mortal que estaba masacrando a la indefensa adolescente, pero aquel engendro era demasiado fuerte, no era capaz de amortiguar el impulso de sus brazos. Cerró los párpados con fuerza y se concentró en sacar fuerzas de dónde no las había, hasta que logró que parase. Al volver a abrir los ojos, el desconcierto se apoderó de ella.

Su hermana yacía agonizante en el suelo, ahogándose con su propia sangre, que salía a borbotones por su boca. Ella estaba sentada a horcajadas sobre su pecho, desde donde la sintió exhalar el último aliento.

Confundida, se separó despacio del cuerpo ya inerte y quedó sentada en el suelo, incapaz de moverse o pensar. Con aprensión y desgobierno, logró levantarse del suelo y salió al pasillo, sin pararse a pensar que aquel ser horrible la estaría esperando.

Pero lo que encontró en el lugar exacto donde vio a la criatura la primera vez, no fue más que un espejo devolviéndole su propia imagen. En su mano derecha, aferraba un enorme cuchillo de caza de unos treinta centímetros de hoja. Su propio rostro, bañado en la sangre de su familia, sonreía con una expresión de extraño placer que, poco a poco, comenzó a sentir por todo su cuerpo.

Al fin, había encontrado al monstruo que buscaba.

## Y sintió...

De Victoria Eugenia Muñoz Jiménez

En su pupila se había quedado prendida esa mano salpicada por las manchas que los años habían depositado en ella, y que dos segundos antes se aferraba a la vida de la mano de su nieta. Esa mano de pergamino, suave y amorosa que desde niña trenzó sus cabellos, cocinó ricas tartas de galletas y chocolate para ella y deshizo lágrimas amargas con el poder titánico de sus caricias. Ahora esa mano había encontrado el descanso merecido y Paula escapó de la UCI para robar una bocanada de aire en la terraza del hospital. Entró con prisa en la sala donde se despojaban del EPI y de inmediato subió hasta el exterior. Ya bajo el sol frío de diciembre, que llegó hasta ella difuminado tras la cortina de lágrimas, deslizó la espalda por la pared hasta quedar sentada en el suelo donde sus brazos rodearon a unas rodillas que dieron descanso a su frente. A su mente vinieron muchas escenas de su infancia junto a esos abuelos que de un día para otro asumieron el papel de padres cuando estos desaparecieron de su vida siendo muy pequeña. Paula sentía que le había fallado a esa mujer que había dedicado sus días a que ella fuera feliz. Todos esos años de estudios, que la habían convertido en una prometidora neumóloga, no habían sido suficientes para que su abuela escapara de las garras de la Parca. Desde que llegó a la UCI el día anterior, había permanecido cerca de ella. Tras atender a otros pacientes COVID, regresaba, aunque fuera un minuto, junto a su cama para dejar en su oído palabras de ánimo y cariño y una promesa. Luego apretaba sus manos para que supiera que ella estaba allí y que no iba a permitir que nada malo le ocurriera. Pero le había fallado, no había sido capaz de cumplir lo prometido.

—Te equivocas —le susurró una voz de mujer.

Paula levantó la cabeza sorprendida y miró a su alrededor buscando a alguna compañera que hubiera seguido sus pasos. Pero ella estaba sola en esa terraza. Abajo, todo el personal sanitario atendía con ritmo frenético a esos pacientes que se multiplicaban a una velocidad inabordable. Paula sintió entonces una punzada de culpabilidad. Fue consciente de que, mientras lloraba bajo ese cielo, abajo otras personas seguían luchando por seguir aquí. Pero ella también necesitaba llorar su pérdida.

—Todo está bien ahora —volvió a oír esa voz, una voz llena de ternura.

Paula fue consciente entonces de que esa voz había nacido dentro de ella y al

levantar de nuevo la cabeza la vio. Estaba allí, a su lado, y sonreía. La terraza del hospital había desaparecido y ambas estaban frente a frente rodeadas de una luminosidad sonrosada. El frío de diciembre había cedido su sitio a una templanza agradable de tarde de primavera. Paula sintió que una sensación reconfortante recorría su cuerpo, la presión del llanto en su pecho se había desvanecido y en su lugar ahora solo había paz. Avanzó dos pasos y se dejó arropar por esos dos brazos que permanecían abiertos ante ella. Sintió que su abuela la llenaba de amor y tranquilidad. Sintió que ambos nacían en algún lugar muy profundo dentro de ella porque ese abrazo curativo no era físico; su abuela estaba abrazando su alma. Y sintió entonces la necesidad de separarse para mirarla y cerciorarse de que aquello era real, que su abuela había regresado junto a ella. Se sorprendió de ver su cutis radiante que sonreía con gesto sereno. Su abuela entonces hizo que girara la cabeza hacia la derecha donde Paula encontró un hermoso regalo: junto a ella sonreían también sus padres, sus otros tres abuelos y otras personas que, aun sin ella conocerlas, le estaban enviando amor. Y sintió brotar en su corazón las voces armónicas de esos seres de luz que se habían reunido en torno a ella. Le daban las gracias por su vocación de ayuda a los demás, por una vida de lucha, por tantos años conquistando conocimientos ahora tan necesarios, por su humanidad y su trato amable y cercano que llevaba cariño a todas esas gentes que, solas en una cama, peleaban por llevar un poco de aire a sus alvéolos agotados. Y Paula sintió nacer en ella el sosiego, sintió que, después de todo, su promesa sí iba a poder cumplirla cada vez que lograra salvar una vida, aunque no fuera la de su abuela. Porque, por cada persona que ella consiguiera sacar adelante, habría muchos nietos, hijas, hermanos, esposas, amigos... en los que haría nacer una nueva sonrisa tras la angustia de la espera. Y sintió que todo había merecido la pena. Su dolor ahora la hacía también más empática con el dolor ajeno y cada nuevo paciente se convertiría en esa abuela por la que iba a luchar.

Giró de nuevo la cabeza para decirle a su abuela que lo había comprendido todo, pero la anciana ya no estaba frente a ella. Se alejaba rodeada por todos esos seres queridos y la luminosidad sonrosada los fue envolviendo hasta que desaparecieron.

En su pupila se había quedado una sonrisa llena de amor y en su corazón, una gran palabra: GRACIAS. Y sintió que había llegado el momento de regresar abajo para vencer a la Parca en otras lides.

## Nudos

De Leyre Arrue Usoz

Una mujer de pie a tus espaldas te indica que mires hacia abajo y mantengas los hombros rectos y las piernas descruzadas. No conoces su nombre pero le estás confiando tu vida. Escuchas el sonido afilado y metálico de las tijeras y una sensación de desasosiego te invade el estómago, se te dan mal las despedidas. Un mechón de pelo mojado cae sobre el suelo immaculado. En pocos minutos, se le unen decenas. Una escoba entra en escena y tus mechones se abalanzan sobre unos rubios y largos y otros azabaches, cortos como la uña de un bebé. Te preguntas si conversarán entre ellos, si desvelarán los secretos inconfesables de sus dueños.

En esa misma posición podrías tener cinco años y en tus diminutas manos, un cesto de mimbre repleto de horquillas, ganchos, gomas, cintas, diademas, pasadores. Detrás de ti, tu madre, entregada al ejercicio diario de la doma, desenreda, tira y zarandea hasta obtener las más altas cotas de satisfacción ante el pelo perfectamente estirado, para a continuación separar mechones cual terrateniente parcelas de terreno y hacer brotar de sus manos un sinfín de coletas, trenzas, kikis. El pelo suelto es el enemigo a batir. El pelo en la cara, alta traición.

La desconocida te pide que levantes el mentón y te encuentras con tu reflejo. Piensas: la mayor liberación de una mujer llega el día en que la dejan de peinar.

Una liberación, que dura el tiempo que tardas en tomarlo de nuevo como rehén. Así, un día cualquiera, lo tocas, lo mueves, lo colocas y recolocas en un límite que tiende a infinito. Luchas contra su comportamiento haciendo de un remolino tu adversario más implacable. Lo examinas, lo inspeccionas. Escrutas las raíces en busca de vestigios sebosos y analizas las puntas y su misteriosa inclinación por el spagat lateral. Compones una suerte de moño con una pinza en casa pero en público utilizas un coqueto lápiz. Tu muñeca vive permanentemente sitiada por una goma a la que confías tu supervivencia, la necesitas para comer, correr y follar. Das cuenta del avance de tropas de canas en un gran mapa mental y en secreto, coleccionas imágenes de melenas pelirrojas que anhelas resignada.

Haces todas esas cosas y también lavas, hidratas, peinas, secas, defines, alisas y rizas planeando meticulosamente estas actividades en función del resto de tu agenda. Una vez

a la semana te aplicas una mascarilla con la que te paseas convertida en esfinge y los días de lluvia desesperas ante la ausencia de un futuro mejor: se impondrá la tiranía del tinte y la obsesión por la densidad en la coronilla —que ahuecarás compulsivamente— hasta pasar tus últimas noches coronada por enormes rulos color pastel.

Él, por su parte, es un amante caprichoso que además reclamará tu atención en momentos inesperados. Navegará sigilosamente hasta adentrarse en tu boca, se enganchará en una cremallera o en el asa de un bolso y adquirirá una verticalidad electrizante al abrigo de un gorro. Sigilosamente, desertará y ejercerá su derecho de reunión y asociación en una maraña informe y asquerosa que taponará tu desagüe.

Sin embargo, como todo ególatra, te seducirá para que no lo abandones. Te presentará a extraños a los que besar en conciertos, permitirá que el salitre moldeé unas ondas gráciles y arrebatadoras y bajo el mar, adquirirá una forma suave y ondulante haciéndote de ti sirena, medusa, luchadora de Siam. Será amigo fiel escuchando antes que nadie lo que consultes con la almohada y sobre una bici, te hará feliz porque la velocidad es algo que se siente en el pelo.

Será, en definitiva, juguete, escudo y cruz. También tu relación más duradera y en la que más tiempo y esfuerzo hayas invertido, con lo que no tendrás más opción que plegarte irremediamente a sus designios. Pero no ahora, no aquí. Hoy se va a imponer tu voluntad en forma de alisado japonés y para ello, la desconocida enarbola un cepillo en forma de neumático.

Consecuencia: abandonas la peluquería en estado de éxtasis. Tu pelo brilla, ondea, hechiza, y tú lo amas con la fuerza de los mares y el ímpetu del viento.

Tus pasos alcanzan a tres adolescentes que lucen una melena hasta la cintura. Las sigues fascinada. Haces un repaso mental y concluyes que nunca lo has llevado tan largo. Y no será porque la cantidad de cortes no haya sido variada y colorida. Tampoco porque no se te haya instado a alcanzar lo inalcanzable, innumerables artilugios en forma de secadores, difusores y planchas darían buena fe. Pero ese abandono te resulta inaudito. Sientes envidia, deseos violentos de pegarles un chicle. No sabéis nada de la vida. Y acto seguido, atravesada por un rayo repentino de clarividencia, entiendes. Esas melenas, indomables, salvajes, ajenas a toda violencia, lo están desafiando todo. Conforman un espectáculo grandioso, el último acto de transgresión. Esas extrañas criaturas aman su pelo tal como es. Y lo han entendido mucho antes que tú.

## Sombrero de plata

De Jana Montesinos Sanz

Un, dos, tres, probando... Aquí Princesa Leia a cualquiera de la Galaxia...Deletreo. Lima. Echo. India. Alfa...¿Hay alguien ahí?...Repito...¿Hay alguien ahí?... Hoy no he ido al colegio porque no me podía llevar y ahora estoy en mi cama hasta que se pueda levantar. Por eso, tengo que hablar con la voz blandita, para que no se despierte. Ahora estarán dando ciencias naturales, menos mal que no he ido, no tenía los deberes...Las horas pasan dentro de la habitación. Tengo hambre. Un salto sigiloso y estoy en el suelo. Lentamente, descalza para que no pueda oírme, me muevo como una serpiente hacia la cocina. La nevera grisácea me interroga. ¿Por qué abres y para qué? No habrá nada, como siempre. Me da pena porque recuerdo la nevera de Gloria. Era el Paraíso, parecía que todas las cosas allí metidas permanecían en un equilibrio incierto. Cada pieza había sido encajada a la perfección. Leche, jamón york, tomate, un bote de nocilla de un tamaño descomunal, chopped, una enorme bandeja de pollo, fruta, verduras... Podías pensar en cualquier cosa que te apeteciera comer y seguro que estaba en esa nevera. En la mía hay hielo. Me acerco al único estante donde suele haber algo de comida. Siempre es lo mismo. Atún y aceitunas. Son conservas que aguantan, por eso están siempre ahí... Corto y cambio.

Un, dos, tres, probando... Aquí de nuevo Princesa Leia a cualquiera de la Galaxia... Deletreo. Lima. Echo. India. Alfa...¿Hay alguien ahí?...Repito...¿Hay alguien ahí?...En el colegio nos llevan de excursión. Ayer traje la hoja de autorización. Nos piden que llevemos dos bocadillos, uno para el almuerzo y otro para la comida. La firmó casi sin mirarla. Me he despertado y le he preguntado por los bocadillos. ¿Qué bocadillos? Mamá, los de la excursión. ¿Qué excursión? La de hoy, mamá. Y me devuelve una mirada vacía. Va hacia la cocina. Menos mal que queda pan de ayer. Bocadillo de atún con olivas, dos, uno para el almuerzo y otro para la comida. Los envuelve en papel de plata, los pone en una bolsa de plástico y los meto en mi mochila. ¿Algún día comeré algo que no sea atún con olivas? Pienso en los bocadillos de mis compañeros: jamón y queso, sobrasada, nocilla, tortilla de patatas, longanizas con tortilla, lomo embuchado. Creo que, a veces, miran mis bocadillos con pena y la pena es ese aceite que va sudando el atún a través del pan. Es como si el bocadillo también tuviera pena, de vernos así, cara a cara, de lunes a

viernes y, si hay excursión, por partida doble. Corto y cambio...

Un, dos, tres, probando... Otra vez Princesa Leia a cualquiera de la Galaxia interestelar...Deletreo. Lima. Echo. India. Alfa...¿Hay alguien ahí?...Repito...¿Hay alguien ahí?...Nos hemos mudado de casa porque hay unas ondas malignas que afectan a mi madre y, por eso, no puede moverse de la cama. A mi las ondas no me han hecho nada, a mi padre tampoco pero la malignidad debe residir en que escoge a sus víctimas. Ahora duermo en un cuarto muy oscuro infestado por unos bichos llamados tijeretas. Dice mi padre que no debo tenerles miedo, que no hacen nada. ¿Y por qué se llaman tijeretas? Estoy segura de que deben cortar la piel a cachitos pequeñitos hasta que ya no queda nada de ti. Me tapo entera con la sábana, cabeza y todo, para que no puedan atacarme las malditas tijeretas. Odio este piso. Corto y cambio...

Un, dos, tres, probando... Princesa Leia a la nada...Deletreo. Lima. Echo. India. Alfa...¿Hay alguien ahí?...Repito...¿Hay alguien ahí?...Nos hemos vuelto a mudar. Por lo menos estoy a salvo de las tijeretas. En la casa de la playa nunca he visto una. Dice mi padre que las ondas malignas también debían estar en el otro piso. ¿Las has notado, Papá? No, yo no. Yo tampoco. ¡Qué malignas son! Mi madre sigue sin levantarse de la cama y mis bocadillos de atún con olivas siguen acompañándome en el trayecto al colegio todos los días. Corto y cambio...

Un, dos, tres, probando... Princesa Leia a la Galaxia...Deletreo. Lima. Echo. India. Alfa...¿Hay alguien ahí?...Repito...¿Hay alguien ahí?...Todo ha cambiado. Me desperté escuché un crujido extraño en la habitación de mamá. Pensé mucho en entrar o no, en la voz blandida, en los movimientos de serpiente. Posé mi mano en la manivela plateada. A la de uno, a la de dos y a la de tres. Tuve que cerrar los ojos, un resplandor me impedía ver la habitación. Poco a poco entreabrí los ojos. El color blanco de las paredes había desaparecido. Mi madre en el suelo rodeada de multitud de cilindros de cartón. Primero aplicaba con la ayuda de un rodillo el pegamento y luego tomaba con las puntas de sus dedos el papel de plata y lo extendía sobre la pared. Estábamos envueltas en papel de plata. He encontrado la solución. Vas a ver. Voy a estar mejor. Vamos a estar mejor... Hoy hemos salido por primera vez en mucho tiempo a la calle. Al principio me he sonrojado cuando la gente ha empezado a mirarnos pero ella me ha cogido de la mano, fuerte y nos hemos ido hacia la playa. Su sombrero de plata pintaba arcoíris en las paredes de los edificios. Vamos a estar bien. Corto y cierro.





***Relatos ganadores y finalistas 2020***  
***IV Premio de Relato***  
***Fundación Fomento Hispania***

**Jurado**

Inés Fernández-Ordóñez  
Carmen Posadas  
Javier Moro

**Primer Premio**

*Ballenas de pecera* (De Agustín García Aguado)

**Segundo Premio**

*Por la España profunda* (De Ramón Sánchez García)

**Tercer Premio**

*La mujer que mató a Liberty Valance* (De José Luis Castro Lombilla)

**Finalistas**

*La diosa africana* (De Laura Cabedo Cabo)  
*Casi siempre* (De Nuria Pradilla Barrero)  
*Amén* (De Ángeles del Blanco Tejerina)  
*La jaula abierta* (De Joaquín Correa Barco)  
*Subir y bajar* (De Gloria Fernández Sánchez)  
*La espera* (De María Soledad García Garrido)  
*El viento* (De Javier Vázquez Losada)  
*El discurso de la victoria* (De Pedro Gascón Sanmartín)  
*Parto sin dolor* (De Rosa María Fabuel De Mora)



## ***Introducción de los miembros del jurado***

*Contar historias forma parte de la actividad humana desde que adquirió la capacidad del lenguaje. La creación de mundos imaginados nos reconcilia con la vida y nos conecta con los demás. Relatar es una forma básica de compartir y comunicarse. No existe la literatura sin lectores. Como lectora de estos relatos, he podido constatar que son tan variados como los individuos que los escriben. La preocupación por la relegación de la mujer y la denuncia de las injusticias a las que se ve sometida están presentes en la mayoría, pero a mí me han interesado sobre todo los que, además, revelan originalidad y destreza en la factura literaria.*

Inés Fernández-Ordóñez

*Agradezco a la Fundación Fomento Hispania la oportunidad que me ha dado de participar como jurado en la IV edición de sus premios de relatos. Soy jurado de varios certámenes literarios y, lo primero que me sorprendió al leer los relatos presentados fue su calidad. También la variedad de temas que en ellos se trata así como una particularidad que valoro especialmente. El hecho de que, a pesar de que el contenido de los mismos gira en torno a la figura de la mujer, su enfoque está lejos de ser maniqueo. En estos relatos no ocurre, como en tantos otros, en los que se intenta utilizar la literatura para pintar un mundo de buenas (las mujeres) y de malos, los hombres. Por el contrario, en todos los cuentos seleccionados hay humor, hay ternura, talento y un retrato de personas tal cuáles son. Con sus luces y sus sombras, con sus grandezas y sus miserias. En dos palabras, gloriosamente humanos.*

Carmen Posadas

*Sorprende la variedad de estilos -que van de la poesía en prosa al relato de intriga- en los que se adivina el tipo de escritor que un día querrán ser. Sorprende la calidad de los que se han presentado este año y sorprende que los tres ganadores sean textos sobre mujeres -pero escritos por hombres. Eso nos dice mucho sobre el final de la cultura del machismo*

*y el formidable cambio de mentalidad que se ha operado en España en los últimos años. Aparte de su calidad literaria, es la nota positiva con la que me quedo. Otra es la variedad de los temas abordados porque en la literatura cabe todo, es un fiel reflejo de la vida.*

Javier Moro





## **PRIMER PREMIO**

### **Ballenas de pecera**

De Agustín García Aguado

Si fuera como las otras, ya estaría criando malvas desde hace mucho tiempo, pero soy como soy y, a veces, ser significa no estar en ningún sitio y estar a su vez en todas partes. Bueno, yo me entiendo con mi filosofía de baratillo, y con eso me basta. Algunos, mostrando ignorancia y mala baba, me conocen por el sobrenombre de la Ballena del Tajo. Qué sabrán ellos de ríos y de cetáceos. No me conocen. Vienen a mí como moscas de la fruta, envenenados por una curiosidad malsana, pero salen trasquilados cuando improviso alguno de mis monólogos más mordaces. Creerán que, por ser mujer rotunda y mantecosa, 142 kilos en canal según pesaje con báscula industrial, soy también tonta y clueca como una gallina de bestiarío. Poco saben de mí, y lo que no saben lo inventan. Desconocen que por las noches luzco vestidos ajustados, embellezco mi rostro con polvos de arroz y bailo la polca con un príncipe austrohúngaro a orillas de un palacio en el Danubio. Cuando despierto, bien es verdad, mi noble amante me ha dejado con los sayones igual que corderitos triscando entre sábanas revueltas, y madre me atiza con el escobón para ir por agua a la fuente del caño. Pero soy dama de recursos y, cuando levanto entre mis brazos la tinaja, camino de la fuente, levito como hada pizpireta y sueño con el último beso de la noche. Las mozas del pueblo me señalan y me regalan risas carriadas para angostarme el camino, y hasta los braceros de las fincas se colocan piedras en el pecho para imitarme, y me gritan Pechugona. Mis lágrimas no saben a nada. Son líquida materia que termina por desembocar en el caudal del río, y esa certeza es la mejor aliada para no morir de tristeza. Cuando regreso a casa, la paz se instala en los zaguanes, y yo me baño entre espumas como una náyade impaciente por volver a su reino de corales.

Tuve un único amor verdadero, y eso es decir mucho. Hace dos años apareció por la aldea un maestro con bigote y entorchado de poeta, que aderezó mis soledades con cierta galantería clásica. Era bisojo y versificador a tiempo parcial, y hasta declarado republicano. En su frente pude leer las palabras más hermosas pero, antes de entregarme

su alma y un soneto de amor en alejandrinos, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Según dijeron las malas lenguas, una enfermedad venérea contraída en la casa de una viuda tronada, pero estoy convencida de que su desaparición tuvo más que ver con el carácter diabólico de don José, nuestro alcalde y regidor de costumbres. Nunca me he sentido tan amada. Su deseo por mí, y ahora lo sé con certeza, nada tenía que ver con mi imagen de ballena terrenal vestida para una romería. Éramos almas gemelas, y el destino jugó magistralmente su partida con nosotros. Desde el día en que se fue comenzaron a agolparse caballeros andantes en el almiar del corral, y mi única medicina fue la lectura de novelas románticas. Las gordas, requetegordas, cuando nos sumergimos en reinos de prodigio, olvidamos nuestra naturaleza y nos vestimos con hopalandas y brocados para sentirnos queridas. El mundo, entonces, nos acoge como viajeras provisionales con pasaje de primera, y no hay nada que pueda entristecernos hasta el punto de hacernos perder la sonrisa.

Hoy ha venido lord Salisbury con un ramo de rosas blancas y, tonta de mí, me he ruborizado y he comenzado a balbucear como una beata en una reunión de cortesanas. Sé que bebe los vientos por mí, desde el día en que nos conocimos, una tarde calurosa en que mis sueños se velaban perezosamente como películas en blanco y negro. Me vencía el sopor, me dolía la barriga porque acababa de visitarme La Dama de Rojo y toda mi vida era un drama sin bajada de telón y sin aplauso final. La novela que compré donde la Julia se había desplegado con aburrida batería de imágenes: un castillo en el norte de Gales y mucha tierra verde, en fin, el aburrimiento me estaba venciendo mortalmente cuando apareció de la nada, en el capítulo tres, un joven aristócrata con chistera clásica y mirada limpia. Nos enamoramos como idiotas, con los ojos, con las manos, con exclusividad de dioses liberados de alguna antigua culpa. Nos internamos en el bosque umbrío del deseo, como niños que se buscaran entre secretos valladares, y al clarear el día, sus labios sellaron nuestro amor, como en las historias que veía de niña, con el corazón encogido, en el cine de verano. Nadie puede hacerle daño a una heroína que ha saltado sobre fosos y adarves de castillos, y burlado la maldad de mil bribones, nadie. Eso me digo todas las noches cuando me recuerdo que la vida es como una mariposa con las alas extendidas, hermosa y pequeña y de vuelo corto. Por eso le espero la primavera que viene. Me ha prometido rescatarme de mi matacán con escalas y bombardas. Yo aguardaré ese día con paciencia bíblica, sabiendo que sus besos tenderán puentes de plata. Las otras, que se rían cuanto quieran. No conocen el poder milagroso de las ballenas cuando nadan a contracorriente.

## **SEGUNDO PREMIO**

### **Por la España profunda**

De Ramón Sánchez García

Las mozas cotejaban los ejemplos reales de la fulana o la mengana, desposada hacía poco, avejentada sin garantías de recuperación, la mocedad anquilosada entre tocas y sayas de crudillo, amoldándose a la anatomía destrozada de sus predecesoras, marchitas sus caritas de rosa, las piernas atrayentes de otrora cubiertas con medias para tapar las cabrillas y las deformidades, los envidiados pechos virginales transformados en ubres de matrona cincuentona, los vientres redondeados por criaturas de ir y venir, sin coto a la descendencia, los hijos son un regalo del Señor, pero sin pan bajo el brazo, quizás haya suerte si van saliendo bien, si no se doblan con la polio o salen mongólicos, si no se mueren en cuanto ya están desculados o se los lleva algún cólico miserere, no lo quiera Dios ni la Purísima Concepción; sus vidas atrancadas, abatidas por la sumisión a los avatares de la existencia allí, condenadas a no tener otro significado, posiblemente la siguiente progenie obtenga la dicha que a ellas les faltó y consigan independizarse, consolidar las esperanzas frustradas de sus antecesoras, de la tierra, de la nación...

Las mozas. En el otro platillo de la balanza el trampantojo canicular de la fulanita y la menganita, esbeltas, delgaditas, cinturas de avispa, maquilladas, sus faldas de tubo remarcando las excelencias que encabritan el seso y que quitan el hipo, hacen volver cabezas a su paso y provocan silbidos y piropos de admiración en la sección masculina del lugar y denteras y comparaciones vulpinas en la femenina, escotes tremendos para asomo de osados sujetadores insuficientes, cada verano un acompañante distinto con quién compartir sobeteos por los andurriales y pasión gatuna en la fonda de la Paca, que se alborota hasta el Santísimo Cristo de la ruidera que arman, ellas fumando Lucki Strike con la izquierda y coronando las boquillas de los pitillos con una amplia marca de chori bermellón, las uñas pintadas y puntiagudas, ellos rubios, bronceados, el pelo planchado con tanta gomina, derrochando duros a diestro y siniestro, en coches grandes o descapotables americanos, un Chevrolet rojo chillón con tapicería de cuero blanco y volante de camión las pasadas fiestas, en las muñecas Certinas de oro o gruesos nomeolvides de plata con

su nombre grabado, trajes de lino con dobladillo en los pantalones y camisas de seda desabotonadas; a los hombres se les hace lo que a los limones, los exprimes, dejás que te apaguen los calentones y luego tiras los restos al saco de los desperdicios, siempre hay desesperados que se arrastran tras unas caderas insinuantes y mojigatos que van a la iglesia por acostarse con quién sea, que son unos pobrecitos ignorantes, así los he tenido yo y he dejado plantados a muchos que me querían encorsetar de blanco y sin una perra en el bolsillo, y de eso nada, mientras el tipo aguante y haya sujetos con money no me preocupo, cuando lleguen las arrugas, no le falta razón a tu padre, siempre habrá algún viejo chocho sobrado de millones y posición al que se le caiga la baba cuando me desnude delante sus narices y más en cuanto pruebe el agua de la fuente, aunque a gotas, mucho te quiero perrito pero pan poquito, el manantial para los amantes, que se lleva mucho y da cachet, algo así como importancia en franchute. Te lo digo yo, una amiga que te quiere bien, que la vida me ha enseñado a vivir así y a aprovecharme de lo que tengo.

La realidad indeseada de las mozas, posiblemente algún familiar de la capital o de otra ciudad sepa de casas donde servir y ser enviadas lejos a trabajar de fámulas, vestir uniforme con cofia y decir a todas horas sí señor y sí señora a tacañones la mar de pedantes y malintencionados, hacerse las duras ante los señoritos encelados y ceder al fin a consecuencia de unos duros extras o amenazas de expulsión por ladrona; casarse con otro pobre desgraciado, a ser posible funcionario y con piso de sindicatos, y disimular que vamos tirando con los dos sueldecitos, el amor huido por la ventana antes de que el hambre entre por la puerta; la posibilidad remota de escapar y conseguir una cultura que les arranque el remoquete de palurdas y desaparezca de ese modo el deje y las vulgaridades, acordarse del pueblo pero no regresar, consentir que los años destruyan las retentivas aciagas, alargar la correspondencia, los contactos, en tres palabras: abjurar del pasado.

En cualquier lugar de la España profunda, a mediados de la centuria anterior.

## **TERCER PREMIO**

### **La mujer que mató a Liberty Valance**

De José Luis Castro Lombilla

Cuando entró en el aseo medía 1,80 metros, aproximadamente. Al salir, no llegaba al metro sesenta. Al menos, eso es lo que él siente.

De modo que, ahora, cuando vuelve a la sala, mientras Liberty Valance muere en la pantalla del cine Cervantes, don Arturo Pomar, abogado, crítico y organizador de este ciclo de cine clásico que hoy inaugura el Ayuntamiento, no piensa como suele cada vez que ve esta película en lo grande que es John Ford sino en que él se siente muy pequeño. ¿Y qué ha podido ocurrir en ese espacio de tiempo en el que don Arturo ha estado ausente, contrariando por culpa de la próstata esa regla de su cinefilia que prescribe que bajo ningún concepto se debe salir de una proyección? Para saberlo, sólo nos queda ir hacia atrás en el tiempo y recuperar esa parte omitida por una elipsis a todas luces inoportuna. Antes, sin embargo, quizás no sea del todo inconveniente resumir la película, porque el argumento de esta obra maestra, cosas del azar narrativo, tal vez no esté demasiado alejado de la realidad de nuestra historia.

En *El hombre que mató a Liberty Valance* un joven abogado del Oeste, James Stewart, se instala en un pueblo del Oeste que está sometido por el malvado pistolero Liberty Valance. Aunque el abogado rechaza la violencia, al final no puede evitar enfrentarse en un duelo del que, contra todo pronóstico, sale vencedor convirtiéndose en un héroe local que, gracias a esa homicida circunstancia, conseguirá medrar en política llegando a ser todo un senador de los Estados Unidos. Lo que nadie sabe es que James Stewart no mató a Liberty Valance. Apostado en una esquina de la calle, fue el valiente John Wayne quien disparó contra el villano. Y lo hizo, cómo no, por el amor de una mujer que le había pedido su ayuda porque se había enamorado del apuesto abogado... Ésta es, chispa más o menos, la trama. Y, precisamente, sobre los papeles reservados a las mujeres en los westerns estuvo hablando don Arturo antes con la delegada de Cultura que no dudó en calificarlos de muy desdibujados y por lo general bastante mojigatos. Él le dio la razón y los dos estuvieron además de acuerdo en la conveniencia de organizar otro ciclo para analizar el machismo

en el cine. Pero eso ahora no interesa. Ahora lo que toca es ver a don Arturo entrando en el aseo para toparse con una señora de la limpieza que acaba de realizar su trabajo con la eficacia que este importante día requiere. Tras saludar cortésmente y pedir disculpas por pisar el suelo mojado, don Arturo cruza su mirada con la limpiadora y, al unísono, como si realizaran una coreografía ensayada, los dos se señalan.

–¿Arturo Pomar? –dice ella.

–¿Mercedes Flores ? –dice él.

Entonces, del fondo de sus memorias reaparecen Arturo y Mercedes con trece años sentados el uno junto a la otra haciendo el duro examen final del último curso de la enseñanza básica. Aquel examen era crucial para el niño porque su padre, harto de las veleidades de un hijo al que sólo le interesaba el cine, lo había amenazado con mandarlo a los albañiles si no aprobaba.

–¿Te acuerdas? –dice ella.

–Por supuesto –dice él.

Cómo no se iba a acordar don Arturo de aquel examen en el que, sin haber estudiado, sacó un sobresaliente que lo reconcilió con su padre. Y todo gracias a la generosidad de esta Mercedes Flores que hoy limpia pero que entonces era la alumna más aplicada de la clase. Aunque ella nunca faltó al colegio como él para irse al cine, también era muy aficionada. Don Arturo recuerda sus charlas hablando de las películas y recuerda también cómo se arriesgó mucho pasándole las respuestas del examen delante del maestro. Pero ella sabía que, sacara las notas que sacara, sus padres ya habían decidido colocarla en una fábrica. Consideraban que para ser niña ya había estudiado bastante y, hasta que se casara, podía ayudar a la economía familiar. Arturo y Mercedes dejaron de verse. Él, siguió estudiando y yendo al cine; ella se casó, dejó de trabajar, tuvo hijos, enviudó, volvió a trabajar...

Mientras se despedían celebrando haberse visto después de tanto tiempo, a don Arturo la vida de Mercedes le pareció el previsible guion de una triste película de serie B. Y en este momento, cuando ante el jolgorio general el cadáver de Liberty Valance se aleja transportado en un sucio carro, don Arturo Pomar, empedregado, siente un pujo violento mientras imagina a Mercedes escondida entre las sombras disparando como John Wayne su rifle de saber para salvar al frágil Arturo Stewart que algún día llegará lejos gracias a sus notas tramposas.

Al encenderse las luces, viendo las lágrimas de don Arturo que erróneamente atribuye a su amor por el buen cine, la delegada de Cultura se alegra de haber encargado este ciclo a un hombre tan sensible.

## **La diosa africana**

De Laura Cabedo Cabo

Me despertaban los ecos deformes de las escopetas en el valle. El amo y su hijo, los membrudos perros y los capataces salían de caza temprano. La bruma bajaba como una caricia fría desde el pezón de las montañas. Otra madrugada más profanada por el miedo y el maldito temblor de todas las cosas que buscaban su lugar en el mundo.

Mi madre me recogía el pelo, era la única manera de domarlo porque las mulatas llevamos en la sangre algo indómito que nació para vivir desnudo en las selvas de África, donde rugen las panteras negras y estallan en mil colores las cataratas de los ríos.

–Así, bien apretado –musitaba vendando mi pecho con una banda ancha de lino para que no se me notasen los senos. No había fiesta para nosotras. Mujeres y niños poseíamos las manos necesarias para el delicado trabajo en los campos de algodón. Éramos soldados de un ejército depauperado, entre canciones de esclavos, suaves y blancas como las flores en recolección.

Cuando el sol derretía los árboles, los cascos de los caballos incendiaban de polvo los caminos hacia la hacienda. Casi puedo oler la sangre de las palomas atadas a los cintos. Sus cuerpos calientes y blandos con las alas abiertas que apuntaban a la tierra. Teníamos orden de saludar el paso de los amos triunfantes, deseosos de un buen almuerzo. Después, los niños acudíamos a beber agua en una mesa larga dispuesta frente al establo. No por caridad, sino para que no nos matase esa sed de garganta llena de abejas que siempre teníamos. Los señores gustaban de observarnos desde sus butacas con los carrillos repletos y los puros encendidos. A veces nos lanzaban frutas, que producían verdaderos escarceos de pelea entre los chicos más altos. El señorito, un joven lechoso y pelirrojo, contento de vino, nos agitaba con esa risa de agujas que tienen los locos, lanzando al aire algunas manzanas y reventándolas de un tiro. Hasta jugábamos con la escopeta de perdigones que los chicos tomaban de modo lamentable sintiéndose importantes. Emitían ruido con la boca, pum, pum, y yo reía, en aquel tiempo reía mucho y mi corazón se aceleraba, hasta que miraba los campos donde las mujeres eran bailarinas en una danza grotesca bajo el oro de un sol que agostaba el aire. Entonces sentía en lo más profundo un ahogo, una punzada de culpa, y mi sonrisa se borraba sin remedio.

Una tarde el señorito me obligó a empuñar la escopeta. Su cuerpo hirviente y los

barrotes de sus brazos me abarcaron desde atrás y palparon aquella carne volcánica de mis pechos. –Fíjate como se hace –susurró en mi oído. En sus manos poderosas el arma desvalida se disparaba con el menor roce. Yo sentía que iba a cometer un delito, fallaba y los capataces, los niños, los árboles, reían de una manera histérica y contagiosa, mientras mi espíritu penaba por la destrucción de algo insustituible: mi dignidad.

Aprendí a disparar con los ojos cerrados. Pensaba en mi madre y sus noches de luna, cuando volvía como una estatua aureolada a nuestro catre y rezaba a su diosa Ochún\*. Después lloraba sin emitir ningún sonido, como si su llanto fuera el reguero de los sueños de un sordo. Había marcas viejas en su espalda, las sentía en mi piel que no era tan negra como la de aquellas mujeres, recordaba los destellos verde-azulados de mis ojos, iguales a los del anciano amo. Me dolían los pechos punzantes cual ortigas, mi sexo que sangraba sin herida.

Las manzanas comenzaron a estallar en el aire, enloquecidas, ante el alborozo de todos, que no daban crédito a una niña-mujer con tal puntería.

–¡Otra! ¡Otra!–. El señorito se enviaba y me las mandaba bien alto con su fuerza maldita.

Fue un mediodía de julio. Las porteadoras se fueron congregando alrededor. Mi madre tenía la cara descompuesta y la mirada triste. Yo había soltado la pantera negra de mi pelo. Bajaba por mis hombros estallando en mil colores igual que las cascadas de los ríos en África. Me había quitado el vestido y el vendaje de mis magníficos pechos. Era la diosa Ochún, desnuda y adorada por su pueblo.

–¡Suéltalas! –gritó el señorito al capataz que portaba una jaula. Su rostro armiñado sudaba encendido por esa excitación que le producía el escarnio de la belleza.

–¡Mátalas, niña! ¡Vamos, dispara! –ladró el anciano amo con los puños en alto. Un par de palomas blancas surcaron en bucles el cielo.

Ante la sorpresa de todos reventé de dos disparos certeros el corazón podrido de mi padre y el de mi hermano pelirrojo. De los capataces se encargaron las mujeres, que golpeaban por sus hijos, por sus muertos, por tantos recuerdos perdidos en la hégira de los siglos. Escapamos a los montes, pronto nos llamaron “cimarrones”, y algunos, solo algunos, conseguimos ver un día abolida la esclavitud.

Jamás olvidaré el vuelo de algodón de aquellas dos palomas que marcharon lejos con mi inocencia perdida. Hacía la libertad, diciendo adiós con las alas.

\*Ochún: Diosa africana de la belleza.

## **Casi siempre**

De Nuria Pradilla Barrero

Casi todos los lunes, al volver a casa, me cruzo con un hombre en las escaleras de la estación de metro. Él baja los escalones despacio. Yo salgo con paso apresurado, intentando alcanzar cuanto antes la tremulante claridad que le queda al día. Nunca me he fijado en su rostro, pero su figura es alargada, negra, con algunos detalles en gris.

Casi todos los martes recojo muy rápido mis cosas para salir la primera de la oficina y no tener que coincidir con nadie en el ascensor, ni en la puerta del edificio, donde una especie de entumecimiento parece ralentizar nuestros movimientos con conversaciones vanas y espesas que nos envuelven y nos impiden partir, como si el edificio nos quisiera retener todavía unos minutos más a su merced, robarnos algo más de nuestro tiempo. Cuando llego a la boca del metro me detengo para que me esquiven a mí esos cuerpos, mientras miro hacia el cielo por encima del logotipo romboide y observo, entre dos edificios, el círculo luminoso, ya anaranjado, que todavía no se ha ocultado del horizonte.

Casi todos los miércoles, al volver a mi mesa después de la hora de la comida, veo a ese hombre encaramado a un andamio. Limpia los cristales espejados del edificio de enfrente. Cuando me siento está siempre pasando ese artilugio a la hilera de ventanas que están justo a nuestra altura y el azogue resplandece más que nunca, ocultando la vida que allí dentro pudiera existir y reflejando la esfera luminosa que destella todavía potente. Siempre hay alguien de la oficina que despliega la cortina de lamas, pero el resplandor todavía permanece visible, y redondo, si uno lo quiere ver.

Casi todos los jueves, a la hora del café, alguien habla de sus planes para el fin de semana. De espaldas a la máquina de vending dos comerciales compiten, casi quitándose la palabra, en una especie de lucha sobre la originalidad de sus aficiones. En esas ocasiones se ve que la jefa de ventas sufre al no poder introducir ni una palabra en ese hilo verbal que avanza en un continuo, sin dejar ni una oquedad en la que incluir ni tan siquiera un “pues yo” o un “pues a mí” Mientras, tras sus cabezas, yo puedo ver pasar la forma pequeña, silenciosa y brillante de un avión que cruza la claridad del día, rumbo al ocaso.

Casi todos los viernes tengo dolores lumbares. Los noto justo cuando me siento frente a mi mesa y aprovecho esos primeros momentos de suspiros, de bolsos colgándose lánguidos en los percheros, de chaquetas –todavía ligeras–, abrigando sillas

provisionalmente vacías, para llamar a mi madre. Mientras oigo su quejumbrosa voz soy consciente de la presión de mis vértebras, entonces me levanto con el auricular en la mano, e intento dar algunos pasos alrededor de la mesa para aliviarme. Y en ese ir y venir es cuando me suelo fijar en el triángulo de luz que ilumina la oreja de la encargada de proyecto que está sentada junto a la ventana, y entonces ya no puedo escuchar a mi madre y también me olvido de las punzadas, porque me quedo hipnotizada viendo la fina pelusilla de melocotón que envuelve la piel de su oreja, casi transparente, como si fuera de goma naranja, como si no le perteneciera.

Casi todos los sábados veo a esa mujer. Es muy delgada, y camina con su punto de gravedad ligeramente ladeado hacia la izquierda. La veo cuando cruza la calle, con su vestido de pequeñas flores de colores, su larga coleta blanca y su andar lento y tenaz. Siempre me sonrío cuando nos cruzamos en el trayecto a la panadería, siempre me hace girar la cabeza cuando la sobrepasa para poder ver la cadencia de su peligroso avance entre una acera y otra, y, cuando lo hago, tengo que poner mi mano como lo hace ella, en forma de visera, para evitar el deslumbre de los rayos del sol.

Casi todos los domingos, mientras desayuno en el balcón, las voces impostadas de la radio del vecino se me cuelan en el café con leche y provocan pequeños maremos en la superficie brillante borrando las sombras diminutas de las hojas de la acacia que parapetan los rayos del sol. Pero siempre levanto la vista en ese momento, justo para poder ver el estruendo de luz que despide la farola de aluminio al ser alcanzada por el primer rayo de luz que sobrepasa el edificio de enfrente.

Casi todos los días, cuando amanece, estoy tendida en la cama y puedo ver sobre mí las cuerdas del primer sol tensadas en diagonal desde los orificios de las persianas. Entonces me quedo inmóvil y en silencio y cuando casi están a punto de rozar mi mano muevo mis dedos y las rasguro suavemente, dispersando por toda la habitación las partículas luminosas que ya liberadas comenzarán a propagar su melodía.

## **Amén**

### De Ángeles del Blanco Tejerina

Me llamo Martes por ser el día en que nací, o eso alegó mi padre al inscribirme en el registro, aunque pronto cambió esa versión por la de que Martes era el acrónimo de María Teresa, dejando a los oyentes boquiabiertos, preguntándose qué era un acrónimo. María Teresa era mi madre, a la que redujo el nombre y los sueños, estudiante de arte que cometió el error de cerrar los libros cuando abrió las piernas, un ser mágico, atemporal, que me enseñó a volar dentro de cualquier jaula.

A mamá se le nubló la mente en mi octavo mes de gestación. Estaba calibrando el tamaño de su vientre ante el espejo, cuando el azogue devolvió la imagen de otra mujer, embarazada como ella, pero con el pelo tan rojizo como el marco de bronce. Arrojó el cristal y el juicio contra el suelo y nunca más se reparó, ni lo uno ni lo otro, pero ella siguió volando por el hueco, cepillando el cabello, delineando labios y ojos con absoluta precisión, como si realmente se viera reflejada. Desde ese día, mamá rescató a las mujeres pelirrojas de sus libros de arte, colgó láminas en las paredes e imitó poses, vestimentas y peinados. Rigurosa como una gimnasta olímpica, ensayaba ante el supuesto espejo, subía mentón, giraba cuello... hasta lograr el gesto exacto y entonces, quedaba inmóvil durante horas. Fue Jo, la excitante chica irlandesa de Gustave Coubert, y niña en las playas de Sorolla, incluso me permitió acurrucarme en una maternidad de Gustav Klimt junto a su pecho, que olía a otoño roto. Cuando se adentró en la obra de Toulouse Lautrec todo cambió. Un día nos sorprendió desnuda, cubierta únicamente por unas medias negras, a medio poner o a medio quitar, pelo recogido en un moño, sentada sobre una sábana en el centro del salón, con las piernas abiertas y los codos apoyados en las rodillas. Papá horrorizado la cubrió con la manta del sofá antes de empujarla hacia el dormitorio, a los reproches le siguió el silencio, después, sonidos aún desconocidos para mí. Mi padre me prohibió entrar en el cuarto de mamá, justo cuando él se hizo asiduo. La abuela escandalizada, andaba por la casa, hisopo en mano, esparciendo agua bendita, supongo que para fumar la locura y la lujuria.

El día de Corpus Cristhi del octavo año de vida, fue decisivo en mi existencia: hice la primera comunión. Tensión, catecismo y humedad de sacristía, papá y don Mateo, el señor cura, exigieron austeridad monástica para recibir el cuerpo de Cristo, mamá,

toda sonrisa, obedecía, callaba y cosía. Hizo la túnica, trenzó el cordón de la cintura, me compró sandalias de cuero blanco, un crucifijo de madera y un misal con tapas de nácar. Me colocaba ante el espejo inexistente y murmuraba con un alfiler en la boca — hay que subir un poco el dobladillo, ¿no crees?— yo decía que sí, porque ya intuía que los espejos solo reflejan lo que uno desea ver.

Tras una noche habitada por tablas de la ley, fuegos amenazantes, pecados mortales y veniales... desperté con pánico escénico. Mi madre me calmó con un guiño y un misterio, —tengo una sorpresa para ti — me susurró al oído. La abuela se fue pronto para asegurarse el primer banco de la iglesia, y mi padre, impecable como siempre, acudió a la tertulia de machos alfa a la puerta del templo, ese día estaban más erguidos que nunca.

Desayuné poco porque los nervios me ocupaban gran parte del estómago y aún tenía que dejar sitio para el cuerpo de Cristo. Tras el baño y la revisión materna de rodillas y orejas, llegó el momento de estrenar el hábito monacal, la tela se ajustó al cuerpo, el cordón a la cintura, el crucifijo al cuello, el misal tembló entre las manos —cierra los ojos— los cerré. Mamá me colocó algo alrededor de la frente y lo abrochó en la nuca, — ¡Qué bien te queda, te resalta esos ojazos!— los abrí esperando ver una corona de espinas del agrado del señor cura, pero no, era una toca. Blanca. Una monjita de ocho años de piel pálida y ojos enormes, por el susto más que por la toca. Me gusté por primera vez.

Los cien metros hasta la iglesia me condujeron al resto de mi vida. Iba memorizando la coreografía de la entrada, mi sitio en la fila para llegar al reclinatorio sin tropezar, debía sujetar la vela y el pánico. Había corrillos a la puerta de la iglesia, madres nerviosas relamiendo el pelo de niños disfrazados, papá disertando en el centro del grupo de hombres, con sus puros, sus trajes de raya impecable, su... papá enrojeció. No fue capaz de acercarse, ni ese día ni nunca más. Entré a la iglesia aferrado a la mano de mi madre que sonreía orgullosa, el espejo sin cristal que siempre devolvía mi mejor imagen. La auténtica. Era el niño más feliz del mundo atravesando aquellas losetas frías como la vida misma, sobrias como mi traje de monja, duras como los prejuicios de los presentes. Lo superé todo amparado en la supuesta locura de mamá. ¡Qué cuerda estaba! Don Mateo alargó la mano hacia mi boca como si la acercara a las llamas del infierno, la retuvo vacilante, le reté con la mirada, horrorizado musitó:

—El cuerpo de Cristo...

## **La jaula abierta**

De Joaquín Correa Barco

Cuando mi padre murió al fin, achacoso y envilecido, rodeado por la soledad que, como la muralla de un castillo, él mismo había construido a su alrededor durante años, y se abrió de improviso la puerta de su jaula, mi madre se quedó acurrucada en una esquina, temerosa ante la libertad que se le ofrecía.

Al principio mis hermanos y yo pensamos que mi madre aprovecharía para escapar, torpe y atolondrada, como un pájaro enjaulado restablecido en su libertad, con sus alas entumecidas por falta de uso, con sus ojos cegados por tanta luminosidad repentina, como si los abriese abruptamente ante el sol después de haber estado mucho tiempo recluida en un lugar oscuro. Pero no fue así. Mi madre se atrincheró en su cocina, rodeada por sus ollas y cacerolas, alumbrada apenas por la escasa luz que se filtraba por el ojo de patio y regando ensimismada los geranios raquíuticos y atrofiados de la ventana y que cada cierto tiempo alguno de nosotros sustituíamos, sin que ella pareciese darse cuenta, porque ninguna planta lograba sobrevivir con tan poca luz y tan escaso aliento.

Tras la muerte de mi padre, tras traerla de vuelta del cementerio y despojarla de sus negras y marchitas galas de viuda, y después de que nos diese una suerte de bendición distraída mientras se sentaba a la mesa de su cocina con una infusión en las manos, mis hermanos y yo nos marchamos cada uno a nuestra casa, pero acordamos pasar regularmente a verla para ver cómo evolucionaba su nueva vida. Pero su rutina no cambió, su inercia aún menos. Salía de su casa apresurada y temerosa, como cuando nuestro padre aún vivía, compraba cuatro cosas en la tienda de desavíos de la esquina y volvía demudada y sin aliento, como si temiese la descarga de un fuerte chaparrón y se hubiese dejado el paraguas en casa. Durante mucho tiempo siguió comprando para dos personas y cocinando para ella y para el plato vacío de mi padre que, rotatoriamente, alguno de nosotros rellenábamos con nuestra presencia, de forma que nuestra madre no percibiese la tristeza de un plato vacío en su mesa.

Resolvimos sacarla de su casa como fuese, reinstalarla en la nueva libertad recobrada, pero, siempre que lo hacíamos, mi madre volvía corriendo al interior de esa jaula que había sido el único lugar en el que se sentía segura aunque fuese prisionera. Rebuscamos entonces entre sus viejas cosas y dimos casi por azar con el listín telefónico

donde mi madre apuntaba los teléfonos con esa caligrafía tan suya, primorosa y redondeada, aprendida en un colegio de monjas. Buscamos los teléfonos de esas viejas amigas de mi madre con las que íbamos todos al parque cuando éramos niños y aún mi padre no se había convertido en su carcelero. Le concertamos reuniones con ellas como si estuviésemos enviándola a una cita a ciegas con un amante desconocido, pero todas nuestras iniciativas fueron un fracaso: mi madre se mostró ante sus viejas amigas cohibida y temerosa, sin dejar de mirar su reloj como si tuviese que estar de vuelta en casa a una hora fija, sin hablar de otra cosa que no fuesen los gustos y deseos de nuestro (ya) difunto padre. Al principio la acompañamos a esos encuentros frustrados e incluso nos encargamos de introducir la conversación ante la evidente torpeza de nuestra madre para volver a relacionarse con palabras, pues con mi padre, con todo ya dicho después de tantos años de malvivencia, solo se comunicaba ya a base de silencios y palabras mudas.

Recordamos entonces los tiempos en los que mi madre era aún libre, antes de que nuestro padre restringiese su libertad con la excusa, que todos aceptamos en aquel momento de forma cómplice, de que así la protegía. ¿De quién?, nos preguntamos ahora. ¿De ella misma? Eso era lo que nuestro padre nos decía. Y así, de tanto protegerla, nuestro padre creyó ser su guardián y se convirtió en su carcelero de por vida.

Mi madre murió hace unos días. La encontró uno de mis hermanos, el que le tocaba ese día ir a comer con ella, reclinada sobre la mesa de la cocina. Parecía dormir la siesta. Un tono azulado cubría su piel como si hubiese muerto de asfixia. Eso es también lo que observó el médico que firmó el parte de defunción. Y eso fue lo que hizo constar como causa de su fallecimiento: insuficiencia respiratoria.

En estos últimos tiempos apenas comía y se la veía consumida y translúcida como lluvia tras de un cristal sucio. Seguía preparando dos platos: el suyo, que apenas probaba y dejaba casi intacto sobre la mesa, y el de mi padre, que era el que se comía el hijo de turno que ese día la acompañaba. Mi madre apenas sobrevivió a mi padre unos meses. No soportó su libertad y murió acurrucada en una esquina de su cocina, como un pájaro enfermo en un rincón de su jaula.

Mi madre no murió por asfixia, murió intoxicada por exceso de oxígeno. Mi padre había acostumbrado a mi madre a vivir con la mínima cantidad de aire indispensable, de forma que cuando la jaula por fin se abrió, el exceso de oxígeno terminó por envenenarla.

## Subir y bajar

De Gloria Fernández Sánchez

No es fácil ser vicepresidente de un banco. Pero lo conseguí, aun siendo mujer. Me hallo en un hotel suizo que corona una bellísima cima de los Alpes. Los asistentes a este mitin hemos subido en coche, por una carretera que hay tras la mole granítica. Por el otro lado, unos deportistas ascienden laboriosamente hacia la meta. En dos días han hecho grandes progresos.

Mi marido se encuentra en Londres. Hemos dejado a los pequeños con dos niñeras; como de costumbre, estas muchachas me llaman en cuanto sobreviene un imprevisto.

—Pablo tiene fiebre, señora. 38 grados. Algo de náuseas también.

—¿Y qué piensa su padre?

—El señor no coge el teléfono. En cuanto a la niña... Está llorando. Suplica contarle un asunto muy serio, algo que le ha sucedido con una compañera de estudios.

—Pónmela un instante. Aunque el mitin va a comenzar en minutos.

Claudia se niega a decírmelo si no es cara a cara, abrazando mis hombros.

Cuelgo. Estoy aún ni arreglar. ¡Cómo maldigo el maquillaje, el collar de perlas, el tinte! Me han deprimido los niños, el que no se lleguen a acostumar a la ausencia. ¿Qué sucedería si me presento con el rostro desnudo? Mi asesora recuerda cifras sobre el éxito y el aspecto en las mujeres, la “tasa estética”, como denomina ella a este gravamen, mientras me empasta en el rostro más pintura que hay en el Museo del Prado. Si le sube la fiebre al pequeño, mi hermana lo ingresaría. Aunque también su empresa está al borde del abismo. ¿Por qué no le pido el favor a mi hermano? Se reiría de mí, comenzando su letanía misógina. Culpa. Oscuridad. El tiempo coacciona, lo que hoy me beneficia, si lo medito de otro modo.

—Bien hecho. — Y el presidente me da una palmadita. He debido de largar una perorata notable, pues es hombre avaro en elogios.

Me acerco un minuto al servicio de señoras. Telefono a mi esposo. Le relato el enfriamiento del niño y cómo la fiebre asciende, escala. 38 grados y medio ya. Un pesar me corroe.

—¿Te acuerdas de nuestro trato? —me delecta.

—La vida cambia. Es tu hijo también.

—Lo predije: no se puede tener todo.

—Tú sí, según parece. A ti se te ha concedido el plato y el pastel.

Desconecto. Estoy cansada. Voy a darme un baño antes de la cena. Ahí es donde se deciden las grandes cuestiones. Llegan otros comensales. La asesora prepara un traje de noche, caro y espléndido. No es viable repetir el de la cena anterior. ¡Yo no me hice economista para parecer una modelo de alta costura! Me calcina un pesar urticante.

—Si fueses con una túnica, te echarían a los lobos.

Imagino a los alpinistas ascendiendo. Quizá lleguen mañana. Al menos han tenido opciones. Yo no. O sí. Quedarme sola, sin familia, en soledad, sin descendencia.

He preparado un brindis. Ha costado más esfuerzo que el discurso anterior, por sintetizar con ingenio, por no defraudar a nadie. Referencias, insinuaciones, sobreentendidos.

Me levanto, presido la mesa central. Comienzo con unas bromas escolares, no todos los países aceptan el humor del mismo modo. Por detrás, alguien me tira de la manga.

—Pablo está muy mal. Lo han ingresado en el Hospital Pediátrico.

—Ahora no. Después. Llama a mi marido.

—Él no responde ya, es su norma.

Busco una excusa. Me quito el vestido y sus oropeles. La asistente ha contratado un helicóptero que nos desplazará hasta el aeropuerto.

Al salir del cuarto, sobresaltada, el presidente me dice, muy serio:

—Te he dado mil oportunidades. Pero con mujeres, ya es sabido. Una lástima.

Ese “lo siento” se traduce a una vuelta a la casilla de partida. Corriendo, me ahogo: a causa del disgusto y de la incertidumbre. Desde el helicóptero veo a los alpinistas tenaces. Su mínima fogata, como una luciérnaga en la roca. Necesitarán, como poco, otro día para subir. Quizá otra generación.

## La espera

De María Soledad García Garrido

Te estuve esperando horas. Para cuando llegaste, yo ya estaba bañada en sal. Había comenzado a chispear, ese calabobos que no cesa y del que no caes hasta que te ha empapado el alma. Las mujeres siempre esperamos. El parque comenzó a despejarse de críos a primera hora de la tarde. Yo seguí sentada en el banco, por si aparecías en cualquier momento. Me dijiste que te esperara y quería que me encontraras allí. ¡Cuántas tardes eternizamos acariciándonos en aquel banco! Llevé un libro de poemas para entretener el tiempo. Una antología del 27 cuyos versos se fueron disolviendo con la lluvia, como cuando se mira con las gafas empañadas, envueltas en vapor. Las letras se emborronaron y, de no haber sido porque me lo sabía de memoria, no habría sido capaz de reconocer el poema de Salinas (*Ayer te besé en los labios...*).

Me alegré de que lloviera. No habría podido resistir un cielo azul y brillante una tarde así. Habría sido como una ofensa. Recuerdo que se acercó un señor que paseaba a su perro, un señor con un paraguas negro. Yo seguía sentada, con la lluvia esa que no moja pero moja regándome el pelo, y me preguntó si me podía ayudar. No sé qué le llevó a formular tal pregunta. Tal vez, la visión de una mujer sola vestida de lluvia. Quizás me vio indefensa. Cerré el libro despacio y le agradecí el gesto. Estoy esperando, esbocé una sonrisa. Las gotas de lluvia salpicaban el asiento del banco. Formaban círculos que botaban unos sobre otros. Después, se alejó mientras tiraba de la correa del perro. Era un Border Collie. Si se hubiera tratado de otra raza, tal vez no te lo habría podido identificar. Lo describiría, quizás, como un chucho de esos con el pelo largo, blanco y negro. Sabes que entiendo poco de perros. O nada. Pero ese perro era como el tuyo, el que había sido nuestro. Igual que Fargo. Habría jurado que era Fargo por cómo me miraba. El señor tiraba y tiraba de él, pero parecía que las patas le hubieran enraizado en el barro. Comenzaron entonces, no estoy segura, las lágrimas.

Anochece pronto cuando se cierra en lluvia. Lo que había comenzado como una lluvia suave se fue haciendo más intenso, pero tú me habías dicho que te esperara. Dilataba los minutos para verte. Seguí en el parque mientras el agua mojaba los columpios, engurruñaba las bolsas de la papeleras y azotaba las hojas de los árboles. Tuve que vaciar el bolso. No me había dado cuenta de que lo tenía abierto y flotaban en su interior, a la

deriva, todas esas bobadas que guardamos las mujeres, pero de las que nos cuesta tanto desprendernos. A veces, somos así de bobas. Tuve tentación de llamarte por teléfono. De avisarte de que te estaba esperando y de que no te preocuparas si te había surgido alguna contrariedad, que yo seguiría aguardando lo que hiciera falta. Pero a qué molestarte con mis prisas y nerviosismos. Tal vez, tenías razón. Siempre me precipitaba y todo lo estropeaba con mis ganas de controlar.

Se encendieron las farolas. Qué tristes son las luces de los parques cuando una espera. Se desdibujaban, como en un fognazo, los contornos de las cosas con el agua sobre las farolas. Estuve a punto de arrojar una piedra para romper la bombilla que tenía enfrente. Llegué a apretarla en el puño, pero me dio miedo finalmente quedarme a oscuras. A oscuras una parece estar más sola, más pequeña, y sabes que nunca me gustó la soledad. Siempre he preferido esperarte, aunque me dijeras que ibas a tardar, o que no ibas a venir, como la última noche, que te estuve aguardando junto a la ventana. Todos los pasos de la calle me parecían los tuyos. Hasta que me venció el sueño y te dejé de esperar. Y no volviste. Fue culpa mía. Lo sé. Debí seguir esperándote.

Cuando pasó aquella pareja de la policía y me preguntó, no supe mentir. Le estoy esperando, miren ustedes, les dije. Vamos a cerrar el parque, señora. Hay riesgo de inundación. ¿No ve cómo llueve?, me contestó el más joven. Sí, pero me ha dicho que le espere, insistí. No sé por qué te llamaron. Trasteando en mi teléfono localizaron tu número. Les rogué que no te molestaran, que yo solo quería esperarte. Tenía los bolsillos del abrigo anegados de lluvia. Por el reborde de las botas descendía una catarata furiosa. En la cuenca de mis manos suplicantes se había formado un lago, y se derramaba hasta el suelo una cascada infinita.

Cuando apareciste, no creas que no vi tu cara de decepción una vez más. Ahora comprendo que no te habías atrevido a confesarme la verdad. Algo tan simple como la verdad. ¿Tanto cuesta reconocer a la mujer que has amado la verdad? Debió de ser por eso por lo que pensaste que lo mejor sería que el tiempo pasara. Hay quienes dicen que sana, que el tiempo sana. Y me dijiste que te esperara. Esa tarde, como todas desde que te fuiste, no dejé de hacerlo. Pero, para cuando llegaste, yo ya estaba bañada en sal.

## El viento

De Javier Vázquez Losada

El viento parecía querer llevárselo todo, tal era la fuerza con la que soplaba aquella noche.

Por alguna extraña razón estaba absorto contemplando los efectos de esa fuerte corriente de aire sobre la ciudad. O, al menos, sobre aquella parte de la ciudad que se podía divisar desde mi terraza. Las ramas de los árboles del parque estaban a punto de quebrarse y parecía no haber vida ni humana ni animal que hubiera salido a la calle esa noche.

Ya digo que el viento soplaba de lo lindo cuando ese mismo viento, ese mismo aire violento y terrible trajo a mi casa a Sofía.

Así apareció, traída por la corriente, aterrizó como pudo en mi terraza y entonces, Sofía no se presentó ( es después cuando me dijo su nombre) pero lo que sí hizo fue darme su primera orden.

—¡Entra en casa! ¿A quién se le ocurre estar en la terraza con el viento que está soplando?

No dije nada porque cuando alguien tiene razón tengo por costumbre no rebatirle ni perderme en discusiones inútiles. Y tenía razón, aquel aire parecía querer derribar la casa. Dejé, galante, que ella pasara primero y, a continuación, entré yo y cerré la puerta corredera de la terraza tras de mí.

Sofía miró el salón. Lo miró atentamente. No dijo nada pero se adivinaba un claro gesto de reprobación en su mirada. También resopló y chasqueó los dientes en un gesto que parecía recitado de memoria.

Aún así, siguió sin decir nada, pero, al día siguiente, yo ya supe con claridad lo que tenía que hacer.

Aspiré a fondo (barrí también en aquellos lugares donde la aspiradora llegaba con dificultad o, simplemente, no llegaba), pasé el polvo a los muebles, ahuequé los cojines del sofá y limpié los cristales de las ventanas. También cambié una bombilla que se había fundido y no sé cuántas cosas más.

Avanzó hacia mí, me rodeó la cintura y me besó.

El hilo con el que estaba cosiendo se me había enredado en las manos, la aguja

me estaba pinchando por dentro. Me abandoné, me dejé quitar la ropa y abrí piernas y mente, acogiendo la piel de aquel hombre y tejiendo una red para impedirlo escapar de nuevo. Nada me explicó al terminar. Y nada pregunté.

No volvió a venir, a pesar de que lo llamé en silencio.

Semanas más tarde lo vi, caminaba al lado de una guapa mujer. A los hombros llevaba un niño de unos tres años.

Volví al taller y cogí unas tijeras. Corté todos los hilos en trozos pequeños, hilos que me estaban sujetando al pasado y a la ingenuidad.

No dejé una sola bobina entera, me afané en cortarlo todo, en deshacer mis nudos, y en romper cualquier filamento que me mantuviera el corazón atado.

Era quince de agosto. Cerré la puerta con llave y volví al pueblo. Tenía un deseo que pedir.

Esa misma noche llamé a Clarisa para cancelar nuestra cita acordada. La cita era al día siguiente y estaba claro que no procedía cenar juntos en casa dado que ahora estaba Sofía en ella.

Empecé a cuidar más mi aspecto; adelgacé, me compré ropa nueva (sobre todo pantalones y zapatos) y volví a usar colonia, cosa que no hacía desde el instituto. Me suscribí a una revista de arte y empecé a coleccionar música operística. El primer volumen de la colección era *La Sonámbula*, de Vincenzo Bellini. Eso le daba a la colección un aire más exclusivo, al menos eso es lo que decía Sofía que era la verdadera entendida en la materia.

Un día, al llegar de la oficina, me encontré a Sofía tirada en el sofá, algo que era bastante habitual en ella. Me fijé en que había engordado mucho desde que apareciera en mi terraza. También había descuidado su aspecto y su pelo olía a pescado frito. Llevaba puesto un jersey mío, uno bastante antiguo, marrón, de angora, con el cuello caja.

Ella me observó a mí también. Antes de que yo pudiera decir nada me afeó que llevara los zapatos sucios.

Ya me había acostumbrado a tener a Sofía en casa, sí. Mis amigos estaban de acuerdo en que me veían cada vez mejor, más centrado en mi trabajo, más delgado, también mejor vestido.

Dicen que soy un hombre nuevo, alguien mejor. Pero yo sólo pienso en romper el candado que Sofía ha puesto en la puerta de la terraza para sacarla de aquí una noche en que vuelva a soplar un aire tan terrible.

## **El discurso de la victoria**

De Pedro Gascón Sanmartín

En el histórico hemiciclo las diputadas y diputados de todos los grupos aplauden la llegada al estrado de una mujer de 71 años. Ella, emocionada, intenta con el gesto de sus manos contener la ovación. Cuando por fin lo consigue, con la voz entrecortada, dice:

—Muchas gracias. Es un gran honor y una gran satisfacción ser elegida Presidenta de la República. Quiero iniciar mi discurso -dice mirando a la tribuna de invitados- recordando las palabras de Churchill en los malos momentos de junio de 1940. “No nos rendiremos jamás” dijo cuando la derrota parecía inevitable.

En el piso barato de una finca antigua vive una mujer con sus tres hijas. En el modesto hogar el tiempo transcurre sin tregua ni descanso. El día no tiene más horas para que una madre pueda trabajar a jornada completa. Las mañanas y las tardes son un ir y venir constante, un esfuerzo que la hacen llorar de impotencia y desesperación. Pero lo hace en silencio y cuando nadie la ve.

Bañar a tres niñas, darles de cenar y acostarlas es agotador. La casa es el escenario de una batalla doméstica en la que yacen como cadáveres pañales, ropa y juguetes de todo tipo. Un caos que acumula día tras día un desorden constante e irrefrenable. Pero hay que seguir adelante y así lo hacen tres criaturas inconscientes y una madre que quiere ser dueña de su destino.

La expectación generada por la elección de una mujer como máxima autoridad del Estado abarrota la tribuna de prensa, los pasillos e incluso los exteriores.

—Estas son horas felices que debemos disfrutar por obligación moral, pero sin olvidar... sin olvidar que existen entre nosotros congéneres que no disfrutaban de nuestro mismo nivel de felicidad.

Siempre hay ropa limpia pendiente de guardar y ropa sucia en cualquier lugar. Hay zapatos descoloridos y otros prácticamente sin estrenar que se quedan pequeños un tiempo pero que tienen una segunda, o incluso tercera oportunidad, según el caso y estado. Hay filias y fobias infantiles sobre colores o tejidos con los que batallar. Alguna noche, acostadas y dormidas sus hijas, puede la mujer depilarse lo mínimo imprescindible.

—Sí, -dice la Presidenta de la República-, es obligado reconocer nuestro compromiso con las personas comunes.

Es una gélida y lluviosa tarde de invierno y la casa está húmeda y fría. La pequeña estufa eléctrica es incapaz de calentar el cuarto de baño. El termo de gas butano se esfuerza para llenar la bañera y las niñas tiritan desnudas. Las dos pequeñas lloran por costumbre y la mayor por tener que compartir espacio con ellas. Después de meterlas a las tres en el agua templada mezclando fría y caliente, la madre advierte que ha olvidado los pijamas. Sale del cuarto de baño para buscarlos en los armarios de las habitaciones. Es cuestión de un momento. Los tiene en la mano cuando oye el grito de la pequeña primero y de sus dos hermanas después. La mediana ha abierto el grifo de agua, que en su máxima posición de caliente quema la espalda de la más pequeña. La mayor la rescata como puede y todas salen apresuradamente de la bañera salpicando de agua el suelo y la estufa eléctrica. Entonces se oye una explosión. Luego todo se vuelve oscuro y negro.

—No son los grandes acontecimientos los que determinan el devenir de la historia. No son los buenos momentos sino la determinación en las peores horas lo que hace posible la victoria decía Churchill.

Completamente a oscuras, golpeándose con las paredes la madre saca a las niñas del baño envueltas en toallas hasta el rellano de la escalera. Le cuesta calmarlas. Poco después llega una ambulancia que las lleva a medio vestir a urgencias.

—Escucharme -les dice la madre cuando vuelven a casa de madrugada- esta noche nos alumbraremos con velas. Y abriremos las persianas para que entre la luz de las farolas de la calle. Y si la noche es muy oscura nos acostaremos juntas. Juntas, juntas, nadie, absolutamente nadie podrá vencernos. No nos rendiremos jamás. Jamás. ¿Lo habéis entendido?.

Las niñas besan a su madre, y acurrucadas todas en la misma cama, se duermen.

En la tribuna de invitados del histórico hemiciclo tres mujeres, tres hermanas, aplauden entre lágrimas de emoción el discurso de su madre, elegida Presidenta de la República, que las mira orgullosa y satisfecha. Pero cuando ésta dice “para mí las palabras de Churchill siempre han sido muy especiales. Por eso quiero reiterarlas una vez más...”, las tres al unísono, sin poder reprimir el impulso, se levantan y gritan:

—¡Juntas, juntas, nadie, absolutamente nadie podrá vencernos. No nos rendiremos jamás¡. ¡Jamás¡.

## **Parto sin dolor**

De Rosa María Fabuel De Mora

Libre es quien no tiene recuerdos. Por eso estoy presa y es cadena perpetua porque no hay una sola neurona en mi cabeza que no aporte un grillete a mi memoria.

El mar Negro era azul como mis ojos, como la vida celeste que nos esperaba con un poco de dinero y nuestra buena suerte, la suerte que nunca le falla a los que están dispuestos a bailar desnudos por amor sobre cualquier tumba.

Su piel y mi piel, la piel, era nuestro único capital y lo gastábamos. Suave y lentamente erosionábamos a besos nuestros perímetros de terciopelo. No ahorramos ni una caricia alentadora para momentos difíciles. Ya estábamos en la dificultad, tan jóvenes, nunca nos faltó que nos faltara.

Él tenía 18 años, manos de panadero y el libro de Svetlana Alexievich que narraba la historia de un pariente lejano en una central nuclear. Su crimen fue en Donbáss. Los jóvenes y forzosos soldados ucranianos debían salvar a la patria: una lengua, una nación. Los prorrusos debían apostatar.

Yo tenía 16 años, náuseas de los párpados a los pies y sueños de bebés con pieles carbonizadas. Los panes de sus manos recibieron los primeros telegramas de tu diminuto taloncito. Al despedirle, no lloré como hacían las otras compañeras o madres. No fue por animarnos, fue porque sabía que volvería, volvería para ponerte un nombre. Me trajeron una bandera azul y amarilla, parecía de raso o de seda, daba para un vestidito de zarina para su hija.

No me mires así. Tu mirada es esa misma mirada de rabia y terquedad tras la que él se ocultaba. Pero tú tan solo eres una niña de ocho años, tu única patria debería ser una pradera de lirios y amapolas donde zanganear, no ese campamento donde te enseñan a cortar una yugular o a armar un AK-47. Quieres ser modelo o soldado. He de darme prisa en sacarte de aquí.

El tiempo es parsimonioso y pendenciero ahora, mucho más que cuando estaba embarazada de ti. Los primeros meses se adornaron de somnolencia y besos, los últimos de tristezas frágiles que ahuyentar y urgencias fuertes que solucionaran nuestra manutención. El parto fue milagroso, no por fácil o por falta de dolor, sino por la casualidad benefactora de una vecina de la abuela que trabajaba en el hospital de Kiev.

Así es como no naciste en nuestra oxidada bañera. Su influencia no llegó, sin embargo, para alojarnos más de una noche, ni para vacunarte de la poliomielitis. Hay que hacer un gran esfuerzo en este país para no enfermar. Eres brava, toda una resistente.

Ni una vez estuve en el ginecólogo. Se decía que todos nuestros especialistas se marchaban a Polonia en busca de un sueldo digno para vivir. Y fíjate, ahora no salgo del médico. Estando apenas de tres meses me habían hecho ya doscientos análisis de sangre, mil quinientas ecografías vaginales y había recorrido a paso lento trescientos o cuatrocientos kilómetros dentro del mismo parque. Ni un solo mimo que no fuera multivitamínico.

Te he echado mucho de menos. Tú también, ya sé. No vivo aquí, no. Estoy en un piso no muy lejos con ocho mujeres. Las chicas son muy majas, casi todas de mi edad, menos mi compañera de cama, que tenía casi cuarenta y es la tercera vez que lo hacía. Estaba muy gorda y se movía mucho, yo apenas pegaba ojo en toda la noche. Cuando me levantaba al baño, a la vuelta no me quedaba un milímetro de colchón para echarme. Me enseñó técnicas de relajación para calmarme, al principio no podía soportar estar aquí todo el día encerrada y me pasaba el día llorando. Lloré por ella, qué será de sus hijos. Supongo que al menos les darán el dinero.

No nos dejan ver a nadie y menos si es un familiar, así que si te preguntan, dices que has venido a buscar a Eliana, tu mamá, que es la enfermera que te ha traído, la abuela ha prometido limpiar su casa y cuidar a sus hijos durante varios meses. Quiero que me prometas varias cosas, escúchame bien, tienes que dejar esa academia, las modelos no se arrastran por trincheras, no se magullan sus bonitos brazos. También prométeme que nunca vendrás a un sitio como este, tu cuerpo es tuyo y no deben confiscártelo con dinero. Quien no pueda tener un hijo, que no lo tenga. Yo no puedo tener una casa y no pasa nada.

Ahora vete, creo que ya viene tu hermanastro. Es un niño, querían niño. Estaban entusiasmados con mis ojos, es lo único que no les importaría llevarse mío, pensaron seguramente que no era lo bastante hermosa. Llama a Eliana, corre, dile que he roto aguas y que te acompañe a la puerta. En un par de días nos vemos, mi amor.

Quien sufre dolor tampoco es libre. Yo recuerdo cada dolor. El dolor de la pobreza. El dolor de la pérdida. El dolor del parto. No dilato bien, está mal colocado, es muy grande y a lo mejor tiene los ojos azules. Va a ser cesárea. Los padres deben salir. Todos los padres menos yo, que no soy nada. Respira, me dicen y lo hago. Sueño.

Era una escalera infinita que bajaba del mar Negro, un cochecito de bebé de ojos azules rodaba veloz y sin freno. Si nadie hace nada, se estrellará. Yo no puedo, porque ya estoy muerta para él.



Edición: octubre de 2022

© De los autores

Autor de la pintura de portada: José Luis M. Vidales

Fundación Fomento Hispania

Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq

28005 Madrid

Tel. +34 91 541 93 64

[www.fundacionfomentohispania.org](http://www.fundacionfomentohispania.org)

[info@fundacionfomentohispania.org](mailto:info@fundacionfomentohispania.org)

ISBN: 978-84-09-44702-2

Depósito Legal Número: M-25575-2022

Diseño y maquetación: 3ddb

Impreso en Coyve Artes Gráficas



*Sobre Mujeres II* es un libro que presenta los relatos finalistas y ganadores de las ediciones IV, V y VI del Premio de Relato Fundación Fomento Hispania. Son relatos de tema libre, que tratan, de forma explícita o implícita sobre las mujeres, con un máximo de hasta cinco mil caracteres.

Existe un primer volumen de este libro, *Sobre Mujeres*, que recoge las tres primeras convocatorias del Premio de Relato Fundación Fomento Hispania. Con estos libros la Fundación quiere recordar y resaltar, en particular, el papel de mujeres escritoras, artistas y creadoras a las que la Historia no les dio el reconocimiento que se merecen, y por otro lado homenajear, en general, a todas las mujeres.

La credibilidad y el prestigio de nuestro Premio viene dado por los miembros de sus jurados, Clara Sánchez, Najat El Hachmi, Lorenzo Silva, Care Santos, Ángeles Caso, Espido Freire, Inés Fernández-Ordoñez, Carmen Posadas y Javier Moro, jurados de las convocatorias que se reúnen en este volumen y a quienes expresamos nuestro más profundo agradecimiento.



Palacio del Cordón. Plaza del Cordón 1, bj izq. Madrid 28005  
Tel. 91 541 93 64